

Anónimo

Evangelio de
Nicodemo

Anónimo

Evangelio de
Nicodemo

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EVANGELIO DE NICODEMO

ANÓNIMO

PUBLICADO: ENTRE LOS SIGLOS IV Y V D. C.

FUENTE: [HTTPS://ARCHIVE.ORG/](https://archive.org/)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

**EDICIÓN ORIGINAL: THE APOCRYPHAL NEW TESTAMENT,
OXFORD 1924**

EVANGELIO DE NICODEMO

Yo, Ananías (Eneas copto, Emaús lat.), el Protector, de rango pretoriano, docto en la ley, reconocí por las divinas escrituras a nuestro Señor Jesucristo y me acerqué a él por la fe, y fui tenido por digno del santo bautismo; y busqué las actas que se hicieron en aquel tiempo, en los días de nuestro maestro Jesucristo, las cuales los judíos depositaron ante Poncio Pilato, y hallé las actas en hebreo (letras), y por el buen placer de Dios las traduje al griego (letras) para instrucción de todos los que invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo: en el reinado de nuestro señor Flavio Teodosio, en el año decimoséptimo, y de Flavio Valentiniano el sexto, en la novena indicción [corrupto: el latín trae el año dieciocho de Teodosio, cuando Valentiniano fue proclamado Augusto, es decir, el año 425 d. C.].

Todos, pues, cuantos leyereis esto y lo trasladéis (o copiéis) a otros libros, acordaos de mí y orad por mí, para que Dios se muestre propicio conmigo y sea misericordioso con los pecados que contra él he cometido.

Paz sea a los que leen y a los que oyen estas cosas, y a sus siervos. Amén.

En el año decimoquinto (según otros, decimonoveno) del gobierno de Tiberio César, emperador de los romanos, y de Herodes, rey de Galilea, en el año diecinueve de su reinado, el octavo día de las

calendas de abril, que es el 25 de marzo, en el consulado de Rufo y Rubelio, en el año cuarto de la Olimpiada doscientos dos, siendo José, llamado Caifás, sumo sacerdote de los judíos:

Estas son las cosas que, después de la cruz y la pasión del Señor, Nicodemo consignó y entregó al sumo sacerdote y al resto de los judíos: y el mismo Nicodemo las puso por escrito en hebreo.

I

1 Porque los príncipes de los sacerdotes y los escribas se reunieron en consejo, esto es, Anás y Caifás y Somne (Senes) y Dotaím (Dotael, Dotaes, Datam) y Gamaliel, Judas, Leví y Neftalín, Alejandro y Jairo y el resto de los judíos, y vinieron a Pilato acusando a Jesús de muchos hechos, diciendo: Conocemos a este hombre, que es hijo de José el carpintero, engendrado de María, y dice que es el Hijo de Dios y un rey; además profana los sábados y quiere destruir la ley de nuestros padres.

Pilato dice: ¿Y qué cosas son las que hace, que destruiría la ley?

Los judíos dicen: Tenemos una ley que dice que no hemos de sanar a nadie en sábado: ipero este hombre, con sus malas obras, ha sanado al cojo y al encorvado, al seco y al ciego y al paralítico, al mudo y a los endemoniados, en día de sábado!

Pilato les dice: ¿Con qué malas obras?

Ellos le dicen: Es un hechicero, y por Belcebú, príncipe de los demonios, echa fuera a los demonios, y todos le están sujetos.

Pilato les dice: Eso no es echar fuera demonios por espíritu inmundo, sino por el dios Esculapio.

2 Los judíos dicen a Pilato: Suplicamos a tu majestad que comparezca ante tu tribunal y sea oído. Y Pilato los llamó ante sí y dijo: Decidme, ¿cómo puedo yo, que soy gobernador, examinar a un rey? Ellos le dicen: No decimos que sea rey, sino que él mismo lo dice de sí.

Y Pilato llamó al mensajero (cursor) y le dijo: Que traigan aquí a Jesús, pero con mansedumbre. Y el mensajero salió, y cuando vio a Jesús lo adoró, y tomó el paño que llevaba en la mano y lo extendió sobre la tierra y le dijo: Señor, camina por aquí y entra, que el gobernador te llama. Y cuando los judíos vieron lo que había hecho el mensajero, clamaron contra Pilato, diciendo: ¿Por qué no lo llamaste por medio de un heraldo, para que entrara, sino por un mensajero? ¡Porque el mensajero, cuando lo vio, lo adoró y extendió su paño sobre el suelo y lo hizo caminar sobre él como a un rey!

3 Entonces Pilato llamó al mensajero y le dijo: ¿Por qué has hecho esto, y has extendido tu paño sobre el suelo y has hecho caminar a Jesús sobre él? El mensajero le dice: Señor gobernador, cuando me enviaste a Jerusalén a Alejandro, vi a Jesús sentado sobre un asno, y los hijos de los hebreos tenían ramas en las manos y clamaban, y otros extendían sus vestidos bajo él, diciendo: Salva ahora, tú que estás en las alturas: bendito el que viene en el nombre del Señor.

4 Los judíos clamaron y dijeron al mensajero: Los hijos de los hebreos clamaban en hebreo: ¿cómo, pues, lo tienes tú en griego? El mensajero les dice: Pregunté a uno de los judíos y dije: ¿Qué es lo que claman en hebreo? Y él me lo interpretó.

Pilato les dice: ¿Y cómo clamaban en hebreo? Los judíos le dicen: Hosanna membrome barouchamma adonai. Pilato les dice: ¿Y el Hosanna y lo demás, cómo se interpreta? Los judíos le dicen: Salva ahora, tú que estás en las alturas: bendito el que viene en el nombre del Señor. Pilato les dice: Si vosotros mismos dais testimonio de las palabras que dijeron los niños, ¿en qué pecó el mensajero? Y ellos callaron.

El gobernador dice al mensajero: Ve y tráelo de la manera que quieras. Y el mensajero salió e hizo como la primera vez, y dijo a Jesús: Señor, entra: el gobernador te llama.

5 Y cuando Jesús entró, y los abanderados sostenían los estandartes, las imágenes (bustos) de los estandartes se inclinaron y rindieron honores a Jesús. Y cuando los judíos vieron el porte de los

estandartes, cómo se inclinaban y rendían honores a Jesús, clamaron sobremanera contra los abanderados. Pero Pilato dijo a los judíos: ¿No os maravilláis de que las imágenes se inclinaran y rindieran honores a Jesús? Los judíos dicen a Pilato: Vimos cómo los abanderados hicieron que se inclinaran y le rindieran honores. Y el gobernador llamó a los abanderados y les dice: ¿Por qué hicisteis eso? Ellos dicen a Pilato: Somos griegos y servidores de los templos, ¿y cómo podríamos rendirle honores nosotros? Pues, en verdad, mientras sosteníamos las imágenes, ellas se inclinaron por sí mismas y le rindieron honores.

6 Entonces dice Pilato a los jefes de la sinagoga y a los ancianos del pueblo: Escoged hombres fuertes y capaces, y que sostengan los estandartes, y veamos si se inclinan por sí mismos. Y los ancianos de los judíos tomaron a doce hombres fuertes y capaces, y los hicieron sostener los estandartes de seis en seis, y fueron puestos delante del tribunal del gobernador; y Pilato dijo al mensajero: Sácalo de la sala de justicia (pretorio) y tráelo de nuevo de la manera que quieras. Y Jesús salió de la sala de justicia, él y el mensajero. Y Pilato llamó a los que antes sostenían las imágenes, y les dijo: He jurado por la salud del César que, si los estandartes no se inclinan cuando Jesús entre, os cortaré la cabeza.

Y el gobernador mandó que Jesús entrara por segunda vez. Y el mensajero hizo como la vez anterior y suplicó mucho a Jesús que caminara sobre su paño; y él caminó sobre él y entró. Y cuando hubo entrado, los estandartes se inclinaron de nuevo y rindieron honores a Jesús.

II

1 Cuando Pilato vio esto tuvo miedo, y buscó levantarse del tribunal. Y mientras aún pensaba levantarse, su mujer le envió a decir: No tengas nada que ver con ese hombre justo, porque he padecido muchas cosas por su causa esta noche. Y Pilato llamó a todos los judíos y les dijo: ¿Sabéis que mi mujer teme a Dios y favorece más bien las costumbres de los judíos, junto con vosotros? Ellos le dicen: Sí, lo sabemos. Pilato les dice: He aquí que mi mujer me ha enviado a decir: No tengas nada que ver con ese hombre justo, porque he padecido muchas cosas por su causa esta noche. Pero los judíos respondieron y dijeron a Pilato: ¿No te dijimos que es un hechicero? He aquí que ha enviado una visión en sueños a tu mujer.

2 Y Pilato llamó a Jesús ante sí y le dijo: ¿Qué es esto que estos atestiguan contra ti? ¿No dices nada? Pero Jesús dijo: Si ellos no tuvieran poder, no habrían dicho nada; porque todo hombre tiene poder sobre su propia boca, para hablar bien o mal: ellos verán.

3 Los ancianos de los judíos respondieron y dijeron a Jesús: ¿Qué hemos de ver? Primero, que naciste de fornicación; segundo, que tu nacimiento en Belén fue causa de la matanza de los niños; tercero, que tu padre José y tu madre María huyeron a Egipto porque no tenían confianza ante el pueblo.

4 Entonces dijeron algunos de los que allí estaban, hombres devotos de los judíos: No decimos que él viniera de fornicación; sino que sabemos que José estaba desposado con María, y que no nació de fornicación. Pilato dice a aquellos judíos que decían que había

venido de fornicación: Este dicho vuestro no es verdadero, pues hubo esponsales, como también dicen estos que son de vuestra nación. Anás y Caifás dicen a Pilato: Toda la multitud de nosotros clama que nació de fornicación, y no se nos cree; pero estos son prosélitos y discípulos suyos. Y Pilato llamó a Anás y Caifás ante sí y les dijo: ¿Qué son prosélitos? Ellos le dicen: Nacieron hijos de griegos, y ahora se han hecho judíos. Entonces dijeron los que decían que no había nacido de fornicación, esto es, Lázaro, Asterio, Antonio, Jacob, Amnes, Zenas, Samuel, Isaac, Fineés, Crispo, Agripa y Judas: No nacimos prosélitos (no somos griegos, copto), sino que somos hijos de judíos y decimos la verdad; porque en verdad estuvimos presentes en los esponsales de José y María.

5 Y Pilato llamó ante sí a aquellos doce hombres que decían que no había nacido de fornicación, y les dice: Os conjuro por la salud del César, ¿son verdaderas estas cosas que habéis dicho, que no nació de fornicación? Ellos dicen a Pilato: Tenemos una ley que dice que no juremos, porque es pecado; pero que juren ellos por la salud del César que no es como hemos dicho, y seremos reos de muerte. Pilato dice a Anás y Caifás: ¿No respondéis nada a esto? Anás y Caifás dicen a Pilato: A estos doce hombres se les cree cuando dicen que no nació de fornicación, pero toda la multitud de nosotros clama que nació de fornicación, y que es un hechicero, y dice que es el Hijo de Dios y un rey, y no se nos cree.

6 Y Pilato mandó salir a toda la multitud, salvo a los doce hombres que decían que no había nacido de fornicación, y mandó que Jesús fuera puesto aparte: y Pilato les dice: ¿Por qué causa desean darle muerte? Ellos dicen a Pilato: Tienen envidia, porque sana en día de sábado. Pilato dice: ¿Por una buena obra desean darle muerte? Ellos le dicen: Sí.

III

1 Y Pilato se llenó de indignación y salió fuera de la sala de justicia y les dice: Pongo al sol por testigo de que no hallo culpa en este hombre. Los judíos respondieron y dijeron al gobernador: Si este hombre no fuera un malhechor, no te lo habríamos entregado. Y Pilato dijo: Tomadlo vosotros y juzgadlo según vuestra ley. Los judíos dijeron a Pilato: A nosotros no nos es lícito dar muerte a nadie. Pilato dijo: ¿Os ha prohibido Dios matar, y a mí me lo ha permitido?

2 Y Pilato entró de nuevo en la sala de justicia y llamó a Jesús aparte y le dijo: ¿Eres tú el rey de los judíos? Jesús respondió y dijo a Pilato: ¿Dices esto de ti mismo, o te lo han dicho otros de mí? Pilato respondió a Jesús: ¿Soy yo acaso judío? Tu propia nación y los príncipes de los sacerdotes te han entregado a mí: ¿qué has hecho? Jesús respondió: Mi reino no es de este mundo; porque si mi reino fuera de este mundo, mis siervos habrían luchado para que yo no fuera entregado a los judíos: mas ahora mi reino no es de aquí. Pilato le dijo: ¿Eres tú, pues, rey? Jesús le respondió: Tú dices que soy rey; porque para esto nací y para esto he venido, para que todo el que es de la verdad oiga mi voz. Pilato le dice: ¿Qué es la verdad? Jesús le dice: La verdad es del cielo. Pilato dice: ¿No hay verdad sobre la tierra? Jesús dice a Pilato: Tú ves cómo los que dicen la verdad son juzgados por los que tienen autoridad sobre la tierra.

IV

1 Y Pilato dejó a Jesús en la sala de justicia y salió a los judíos y les dice: No hallo culpa en él. Los judíos le dicen: Este hombre dijo: Puedo destruir este templo y en tres días edificarlo. Pilato dice: ¿Qué templo? Los judíos dicen: El que Salomón edificó en cuarenta y seis años, pero que este hombre dice que destruirá y edificará en tres días. Pilato les dice: Soy inocente de la sangre de este hombre justo: allá vosotros. Los judíos dicen: Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

2 Y Pilato llamó a los ancianos y a los sacerdotes y a los levitas y les dice en secreto: No hagáis eso, porque no hay nada digno de muerte de que le hayáis acusado, pues vuestra acusación es acerca de sanar y de profanar el sábado. Los ancianos y los sacerdotes y los levitas dicen: Si un hombre blasfema contra el César, ¿es digno de muerte o no? Pilato dice: Es digno de muerte. Los judíos dicen a Pilato: Si un hombre es digno de muerte por blasfemar contra el César, este hombre ha blasfemado contra Dios.

3 Entonces el gobernador mandó que todos los judíos salieran de la sala de justicia, y llamó a Jesús ante sí y le dice: ¿Qué he de hacer contigo? Jesús dice a Pilato: Haz lo que te ha sido dado. Pilato dice: ¿Cómo me ha sido dado? Jesús dice: Moisés y los profetas predijeron acerca de mi muerte y resurrección. Y los judíos, que escuchaban a hurtadillas, oyeron esto, y dicen a Pilato: ¿Qué necesidad tienes de oír más de esta blasfemia? Pilato dice a los judíos: Si esta palabra es de blasfemia, tomadlo vosotros por su blasfemia, y llevadlo a vuestra sinagoga y juzgadlo según vuestra

ley. Los judíos dicen a Pilato: Está contenido en nuestra ley que, si un hombre peca contra un hombre, es digno de recibir cuarenta azotes menos uno; pero el que blasfema contra Dios, ha de ser apedreado con lapidación.

4 Pilato les dice: Tomadlo vosotros y vengaos de él como queráis. Los judíos dicen a Pilato: Queremos que sea crucificado. Pilato dice: No merece ser crucificado.

5 Y mientras el gobernador miraba en derredor a la multitud de los judíos que allí estaban, vio a muchos de los judíos llorando, y dijo: No toda la multitud desea que sea condenado a muerte. El anciano de los judíos dijo: Para esto ha venido aquí toda la multitud de nosotros, para que sea condenado a muerte. Pilato dice a los judíos: ¿Por qué ha de morir? Los judíos dijeron: Porque se llamó a sí mismo Hijo de Dios, y rey.

V

1 Pero un hombre, Nicodemo, judío, vino y se puso delante del gobernador y dijo: Te ruego, buen (piadoso) señor, permíteme decir unas pocas palabras. Pilato dice: Habla. Nicodemo dice: Dije a los ancianos y a los sacerdotes y a los levitas y a toda la multitud de los judíos en la sinagoga: ¿Por qué contendéis con este hombre? Este hombre hace muchas y admirables señales, que ningún hombre ha hecho ni hará: dejadlo y no traméis ningún mal contra él: si las señales que hace son de Dios, permanecerán, pero si son de hombres, quedarán en nada. Porque en verdad Moisés, cuando fue enviado por Dios a Egipto, hizo muchas señales que Dios le mandó hacer delante de Faraón, rey de Egipto; y había allí ciertos hombres, siervos de Faraón, Janes y Jambres, y ellos también hicieron no pocas señales de las que Moisés hizo, y los egipcios los tuvieron por dioses, a Janes y a Jambres; y como las señales que ellos hacían no eran de Dios, perecieron ellos y también los que creyeron en ellos. Y ahora dejad ir a este hombre, porque no es digno de muerte.

2 Los judíos dicen a Nicodemo: Te hiciste discípulo suyo y hablas en su favor. Nicodemo les dice: ¿Se ha hecho también el gobernador discípulo suyo, que habla en su favor? ¿No lo nombró el César para esta dignidad? Y los judíos se enfurecían y rechinaban los dientes contra Nicodemo. Pilato les dice: ¿Por qué rechináis los dientes contra él, siendo que habéis oído la verdad? Los judíos dicen a Nicodemo: Recibas tú su verdad y su parte. Nicodemo dice: Amén, amén: reciba yo eso, como habéis dicho.

VI

1 Entonces se adelantó uno de los judíos y suplicó al gobernador que le permitiera decir una palabra. El gobernador dice: Si quieres decir algo, habla. Y el judío dijo: Treinta y ocho años estuve postrado en un lecho con dolores, y a la venida de Jesús muchos que estaban poseídos y postrados con diversas enfermedades fueron sanados por él, y ciertos jóvenes (fieles) se compadecieron de mí y me llevaron con mi lecho y me trajeron ante él; y cuando Jesús me vio, tuvo compasión, y me dijo una palabra: Toma tu lecho y anda. Y tomé mi lecho y anduve. Los judíos dicen a Pilato: Pregúntale qué día fue aquel en que sanó. <Pilato dijo al que había sido sanado de su enfermedad: Dime la verdad, qué día fue aquel en que te sanó. Solo copto.> El que fue sanado dice: En sábado. Los judíos dicen: ¿No te informamos así, que en sábado sana y echa fuera demonios?

2 Y otro judío se adelantó y dijo: Yo nací ciego: oía palabras, pero no veía rostro de hombre alguno; y cuando Jesús pasaba, clamé con gran voz: Ten piedad de mí, hijo de David. Y él se compadeció de mí y puso sus manos sobre mis ojos, y recibí la vista de inmediato.

Y otro judío se adelantó y dijo: Yo estaba encorvado, y él me enderezó con una palabra. Y otro dijo: Yo era leproso, y él me sanó con una palabra.

VII

Y cierta mujer llamada Berenice (Beronice copto, Verónica lat.), clamando desde lejos, dijo: Yo tenía flujo de sangre, y toqué el borde de su manto, y se detuvo el flujo de mi sangre, que había padecido durante doce años. Los judíos dicen: Tenemos una ley que dice que una mujer no ha de venir a dar testimonio.

VIII

Y otros, incluso una multitud de hombres y mujeres, clamaron diciendo: Este hombre es un profeta, y los demonios le están sujetos. Pilato dice a los que decían: Los demonios le están sujetos: ¿Por qué no os están sujetos también a vosotros vuestros maestros? Ellos dicen a Pilato: No lo sabemos. Otros también dijeron: Resucitó a Lázaro, que estaba muerto, de su sepulcro, después de cuatro días. Y el gobernador tuvo miedo y dijo a toda la multitud de los judíos: ¿Por qué queréis derramar sangre inocente?

IX

1 Y llamó ante sí a Nicodemo y a aquellos doce hombres que decían que no había nacido de fornicación, y les dijo: ¿Qué he de hacer, pues se levanta sedición entre el pueblo? Ellos le dicen: No lo sabemos; que ellos vean. De nuevo Pilato llamó a toda la multitud de los judíos y dice: Sabéis que tenéis la costumbre de que, en la fiesta de los panes sin levadura, os suelte yo a un preso. Tengo ahora bajo condena en la cárcel a un preso, un asesino, llamado Barrabás, y también a este Jesús, que está delante de vosotros, en quien no hallo culpa: ¿A quién queréis que os suelte? Pero ellos clamaron: A Barrabás. Pilato dice: ¿Qué he de hacer, entonces, con Jesús, llamado el Cristo? Los judíos dicen: Que sea crucificado. Pero algunos de los judíos respondieron: No eres amigo del César si dejas ir a este hombre; porque se llamó a sí mismo Hijo de Dios y rey: querrás, pues, tenerlo a él por rey, y no al César.

2 Y Pilato se enojó y dijo a los judíos: Vuestra nación es siempre sediciosa, y os rebeláis contra vuestros bienhechores. Los judíos dicen: ¿Contra qué bienhechores? Pilato dice: Según he oído, vuestro Dios os sacó de Egipto, de dura servidumbre, y os condujo a salvo por el mar como por tierra seca, y en el desierto os alimentó con maná y os dio codornices, y os dio a beber agua de una roca, y os dio una ley. Y en todas estas cosas provocasteis a ira a vuestro Dios, y buscasteis un becerro de fundición, y enojasteis a vuestro Dios, y buscó mataros: y Moisés suplicó por vosotros y no fuisteis muertos. Y ahora me acusáis de odiar al rey (emperador). 3 Y se levantó del tribunal y quiso salir. Y los judíos clamaron, diciendo:

Nosotros conocemos a nuestro rey, esto es, al César, y no a Jesús. Porque en verdad los magos trajeron regalos desde oriente a él como a un rey, y cuando Herodes oyó de los magos que había nacido un rey, buscó matarlo; y cuando su padre José lo supo, lo tomó a él y a su madre, y huyeron a Egipto. Y cuando Herodes lo supo, hizo matar a los niños de los hebreos que habían nacido en Belén.

4 Y cuando Pilato oyó estas palabras tuvo miedo. Y Pilato hizo callar a la multitud, porque aún clamaban, y les dijo: ¿Conque este es aquel a quien Herodes buscaba? Los judíos dicen: Sí, este es. Y Pilato tomó agua y se lavó las manos ante el sol, diciendo: Soy inocente de la sangre de este hombre justo: allá vosotros. Otra vez los judíos clamaron: Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

5 Entonces Pilato mandó correr el velo ante el tribunal en que estaba sentado, y dice a Jesús: Tu nación te ha convicto (acusado) de ser rey: por tanto he decretado que primero seas azotado según la ley de los piadosos emperadores, y después colgado en la cruz en el huerto donde fuiste prendido: y que Dimas y Gestas, los dos malhechores, sean crucificados contigo.

X

1 Y Jesús salió de la sala de justicia, y con él los dos malhechores. Y cuando llegaron al lugar, lo despojaron de sus vestidos y lo ciñeron con un lienzo de lino y le pusieron una corona de espinas en la cabeza: asimismo colgaron también a los dos malhechores. Pero Jesús dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Y los soldados repartieron entre sí sus vestidos.

Y el pueblo estaba de pie mirándolo, y los príncipes de los sacerdotes y los magistrados con ellos se burlaban de él, diciendo: A otros salvó, sálvese a sí mismo: si es el Hijo de Dios, [que descienda de la cruz]. Y los soldados también se burlaban de él, acercándose y ofreciéndole vinagre con hiel; y decían: Si eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.

Y Pilato, después de la sentencia, mandó escribir su acusación como título, en letras griegas, latinas y hebreas, según el dicho de los judíos: que era el rey de los judíos.

2 Y uno de los malhechores que estaban colgados [por nombre Gestas] le habló, diciendo: Si eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros. Pero Dimas, respondiendo, lo reprendió, diciendo: ¿No temes en absoluto a Dios, viendo que estás en la misma condenación? Y nosotros, en verdad, justamente, pues recibimos el justo pago de nuestros hechos; pero este no ha hecho nada malo. Y dijo a Jesús: Acuérdate de mí, Señor, en tu reino. Y Jesús le dijo: En verdad, en verdad te digo, que hoy estarás (estás) conmigo en el paraíso.

XI

1 Y era como la hora sexta, y hubo tinieblas sobre la tierra hasta la hora novena, porque el sol se oscureció: y el velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús clamó con gran voz y dijo: Padre, baddach ephkid rouel, que se interpreta: En tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, entregó el espíritu. Y cuando el centurión vio lo que había sucedido, glorificó a Dios, diciendo: Este hombre era justo. Y toda la multitud que había venido a presenciarlo, cuando vio lo que había sucedido, se golpeaba el pecho y se volvía.

2 Pero el centurión refirió al gobernador las cosas que habían sucedido: y cuando el gobernador y su mujer lo oyeron, se turbaron en gran manera, y no comieron ni bebieron aquel día. Y Pilato mandó llamar a los judíos y les dijo: ¿Visteis lo que sucedió? Pero ellos dijeron: Hubo un eclipse de sol, según es costumbre.

3 Y sus conocidos habían estado de pie a lo lejos, y las mujeres que habían venido con él desde Galilea, contemplando estas cosas. Pero un hombre llamado José, que era consejero, de la ciudad de Arimatea, el cual también esperaba el reino de Dios, este hombre fue a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Y lo bajó y lo envolvió en un lienzo limpio de lino y lo puso en un sepulcro excavado en roca, donde nunca había sido puesto hombre alguno.

XII

1 Cuando los judíos oyeron que José había pedido el cuerpo de Jesús, lo buscaron a él y a los doce hombres que decían que Jesús no había nacido de fornicación, y a Nicodemo y a muchos otros que habían comparecido ante Pilato y declarado sus buenas obras. Pero todos ellos se escondieron, y solo Nicodemo fue visto por ellos, porque era un jefe de los judíos. Y Nicodemo les dice: ¿Cómo entrasteis en la sinagoga? Los judíos le dicen: ¿Cómo entraste tú en la sinagoga? Pues eres cómplice suyo, y su parte será contigo en la vida venidera. Nicodemo dice: Amén, amén. Asimismo José también se presentó y les dijo: ¿Por qué estáis irritados contra mí, porque pedí el cuerpo de Jesús? He aquí que lo he puesto en mi sepulcro nuevo, habiéndolo envuelto en lino limpio, y rodé una piedra sobre la puerta de la cueva. Y no habéis obrado bien con el justo, pues no os arrepentisteis cuando lo crucificasteis, sino que además lo traspasasteis con una lanza.

Pero los judíos prendieron a José y mandaron que fuera puesto bajo custodia hasta el primer día de la semana: y le dijeron: Sabe que el tiempo no nos permite hacerte nada, porque amanece el sábado; pero sabe que no obtendrás sepultura, sino que daremos tu carne a las aves del cielo. José les dice: Esta es la palabra de Goliat el jactancioso, que reprochó al Dios vivo y al santo David. Porque Dios dijo por el profeta: Mía es la venganza, y yo daré la recompensa, dice el Señor. Y ahora, he aquí que uno que era incircunciso, pero circuncidado de corazón, tomó agua y se lavó las manos ante el sol, diciendo: Soy inocente de la sangre de esta

persona justa: allá vosotros. Y vosotros respondisteis a Pilato y dijisteis: Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Y ahora temo que la ira del Señor venga sobre vosotros y sobre vuestros hijos, como habéis dicho. Pero cuando los judíos oyeron estas palabras se amargaron en el alma, y prendieron a José y lo tomaron y lo encerraron en una casa donde no había ventana, y pusieron guardias a la puerta: y sellaron la puerta del lugar donde José estaba encerrado.

2 Y en el día de sábado, los jefes de la sinagoga y los sacerdotes y los levitas dieron orden de que todos compareciesen en la sinagoga el primer día de la semana. Y toda la multitud se levantó temprano y tomó consejo en la sinagoga sobre con qué muerte lo matarían. Y cuando el consejo estuvo reunido, mandaron que lo trajeran con gran deshonra. Y cuando abrieron la puerta, no lo hallaron. Y todo el pueblo quedó fuera de sí y atónito, porque hallaron los sellos cerrados, y Caifás tenía la llave. Y no se atrevieron ya a poner las manos sobre los que habían hablado en favor de Jesús delante de Pilato.

XIII

1 Y mientras aún estaban sentados en la sinagoga, maravillándose a causa de José, llegaron algunos de la guardia que los judíos habían pedido a Pilato para custodiar el sepulcro de Jesús, no fuera que sus discípulos vinieran y lo robaran. Y hablaron y declararon a los jefes de la sinagoga y a los sacerdotes y a los levitas lo que había sucedido: cómo hubo un gran terremoto, y vimos a un ángel descender del cielo, y este removió la piedra de la boca de la cueva, y se sentó sobre ella. Y resplandecía como la nieve y como el relámpago, y tuvimos gran temor y quedamos como muertos. Y oímos la voz del ángel que hablaba con las mujeres que esperaban junto al sepulcro, diciendo: No temáis, pues sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí: ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde yacía el Señor, e id aprisa y decid a sus discípulos que ha resucitado de entre los muertos, y que está en Galilea.

2 Los judíos dicen: ¿Con qué mujeres habló? Los de la guardia dicen: No sabemos quiénes eran. Los judíos dicen: ¿A qué hora fue? Los de la guardia dicen: A medianoche. Los judíos dicen: ¿Y por qué no prendisteis a las mujeres? Los de la guardia dicen: Nos quedamos como muertos de temor, y no esperábamos ver la luz del día: ¿cómo, pues, íbamos a prenderlas? Los judíos dicen: Vive el Señor, que no os creemos. Los de la guardia dicen a los judíos: Tantas señales visteis en aquel hombre, y no creísteis, ¿cómo, pues, habríais de creernos a nosotros? En verdad jurasteis bien: vive el Señor, pues en verdad vive. De nuevo dicen los de la guardia: Hemos oído que encerrasteis al que pidió el cuerpo de Jesús, y que sellasteis la

puerta; y cuando la abristeis, no lo hallasteis. Dadnos, pues, a José, y os daremos a Jesús. Los judíos dicen: José se ha marchado a su propia ciudad. Los de la guardia dicen a los judíos: Jesús también ha resucitado, según hemos oído del ángel, y está en Galilea.

3 Y cuando los judíos oyeron estas palabras, tuvieron gran temor, diciendo: Guardaos de que se oiga este relato y todos se inclinen hacia Jesús. Y los judíos tomaron consejo y dieron mucho dinero a los soldados, diciendo: Decid: Mientras dormíamos, sus discípulos vinieron de noche y lo robaron. Y si esto llega a oídos del gobernador, lo persuadiremos y os pondremos a salvo. Y ellos tomaron el dinero e hicieron según se les había instruido. [Y este dicho suyo fue divulgado entre todos los hombres. Lat.]

XIV

1 Y cierto sacerdote llamado Fineés, y Adas, un maestro, y Ageo (Ogías copto, Egías lat.), un levita, bajaron de Galilea a Jerusalén y dijeron a los jefes de la sinagoga y a los sacerdotes y a los levitas, diciendo: Vimos a Jesús y a sus discípulos sentados en el monte llamado Mamilc (Mambré o Málec lat., Mabrec copto), y dijo a sus discípulos: Id por todo el mundo y predicad a toda criatura: el que crea y sea bautizado se salvará, mas el que no crea será condenado. [Y estas señales seguirán a los que crean: en mi nombre echarán fuera demonios, hablarán nuevas lenguas, cogerán serpientes, y si bebieren alguna cosa mortífera no les hará daño: pondrán las manos sobre los enfermos, y sanarán.] Y mientras Jesús aún hablaba a sus discípulos, lo vimos ser alzado al cielo.

2 Los ancianos y los sacerdotes y los levitas dicen: Dad gloria al Dios de Israel y haced confesión ante él: ¿oísteis y visteis en verdad esas cosas que nos habéis contado? Los que las contaron dicen: Vive el Señor Dios de nuestros padres Abraham, Isaac y Jacob, que oímos estas cosas y lo vimos ser alzado al cielo. Los ancianos y los sacerdotes y los levitas les dicen: ¿Vinisteis para esto, para contárnoslo, o vinisteis a pagar vuestros votos a Dios? Y ellos dicen: A pagar nuestros votos a Dios. Los ancianos y los príncipes de los sacerdotes y los levitas les dicen: Si vinisteis a pagar vuestros votos a Dios, ¿para qué es este cuento ocioso que habéis parloteado delante de todo el pueblo? Fineés el sacerdote y Adas el maestro y Ageo el levita dicen a los jefes de la sinagoga y a los sacerdotes y a los levitas: Si estas palabras que hemos dicho y visto son pecado,

henos aquí delante de vosotros: haced con nosotros lo que os parezca bueno. Y ellos tomaron el libro de la ley y les conjuraron que no contaran a nadie más estas palabras: y les dieron de comer y de beber, y los sacaron de la ciudad: además les dieron dinero, y tres hombres para que fueran con ellos, y los encaminaron hasta Galilea, y se marcharon en paz.

3 Cuando estos hombres se hubieron marchado a Galilea, los príncipes de los sacerdotes y los jefes de la sinagoga y los ancianos se reunieron en la sinagoga, y cerraron la puerta, y se lamentaron con gran lamento, diciendo: ¿Qué es esta señal que ha sucedido en Israel? Pero Anás y Caifás dijeron: ¿Por qué estáis turbados? ¿Por qué lloráis? ¿No sabéis que sus discípulos dieron mucho oro a los que custodiaban el sepulcro y les enseñaron a decir que un ángel descendió y removi6 la piedra de la puerta del sepulcro? Pero los sacerdotes y los ancianos dijeron: Sea así, que sus discípulos robaron su cuerpo; pero ¿cómo entr6 su alma en su cuerpo, y cómo permanece en Galilea? Mas no pudieron responder a estas cosas, y apenas al final dijeron: No nos es lícito creer a los incircuncisos. [Lat. (y copto, y armenio): ¿Hemos de creer a los soldados, que un ángel descendió del cielo y removi6 la piedra de la puerta del sepulcro? Pero en verdad sus discípulos dieron... sepulcro. ¿No sabéis que no es lícito a los judíos creer palabra alguna de los incircuncisos, sabiendo que los que recibieron mucho oro de nosotros han hablado según les enseñamos?]

XV

1 Y Nicodemo se levantó y se puso delante del consejo, diciendo: Bien decís. ¿No sabéis, oh pueblo del Señor, que los hombres que bajaron de Galilea temen a Dios y son hombres de sustancia, que aborrecen la codicia (la mentira, lat.), hombres de paz? Y os han dicho con juramento: Vimos a Jesús en el monte Mamilc con sus discípulos, y que les enseñó todas las cosas que oísteis de ellos, y, dicen, lo vimos ser alzado al cielo. Y nadie les preguntó de qué manera fue alzado. Porque, así como nos enseña el libro de las sagradas escrituras que también Elías fue alzado al cielo, y Eliseo clamó con gran voz, y Elías arrojó su manto de pelo sobre Eliseo, y Eliseo arrojó el manto sobre el Jordán y pasó y fue a Jericó. Y los hijos de los profetas le salieron al encuentro y dijeron: Eliseo, ¿dónde está tu señor Elías? Y él dijo que había sido alzado al cielo. Y ellos dijeron a Eliseo: ¿No lo ha arrebatado un espíritu y lo ha arrojado sobre uno de los montes? Pero tomemos a nuestros siervos con nosotros y vayamos a buscarlo. Y persuadieron a Eliseo, y él fue con ellos, y lo buscaron tres días y no lo hallaron: y supieron que había sido alzado. Y ahora escuchadme, y enviemos a todos los confines (o montes) de Israel, y veamos si el Cristo no fue alzado por un espíritu y arrojado sobre uno de los montes. Y este dicho agradó a todos: y enviaron a todos los confines (montes, lat.) y buscaron a Jesús y no lo hallaron. Pero hallaron a José en Arimatea, y nadie se atrevió a poner las manos sobre él.

2 Y dijeron a los ancianos y a los sacerdotes y a los levitas, diciendo: Recorrimos todos los confines de Israel, y no hallamos a

Jesús; pero a José lo hallamos en Arimatea.

Y cuando oyeron de José, se alegraron y dieron gloria al Dios de Israel. Y los jefes de la sinagoga y los sacerdotes y los levitas tomaron consejo sobre cómo habrían de encontrarse con José, y tomaron un rollo de papel y escribieron a José estas palabras:

Paz sea contigo. Sabemos que hemos pecado contra Dios y contra ti, y hemos orado al Dios de Israel para que tengas a bien venir a tus padres y a tus hijos (lat.: Pero tú oraste al Dios de Israel, y él te libró de nuestras manos. Ahora, pues, ten a bien, etc.), pues todos estamos turbados, porque cuando abrimos la puerta no te hallamos: y sabemos que tramamos un mal consejo contra ti, pero el Señor te ayudó. Y el mismo Señor hizo vano (dispersó) nuestro consejo contra ti, oh padre José, tú que eres honorable entre todo el pueblo.

3 Y escogieron de entre todo Israel a siete hombres amigos de José, a quienes José también tenía por amigos, y los jefes de la sinagoga y los sacerdotes y los levitas les dijeron: Mirad: si recibe nuestra epístola y la lee, sabed que vendrá con vosotros hasta nosotros; pero si no la lee, sabed que está irritado con nosotros, y saludadlo en paz y volved a nosotros. Y bendijeron a los hombres y los dejaron ir.

Y los hombres llegaron ante José y le rindieron reverencia, y le dijeron: Paz sea contigo. Y él dijo: Paz sea con vosotros y con todo el pueblo de Israel. Y le dieron el libro de la epístola, y José lo recibió y lo leyó, y abrazó (o besó) la epístola y bendijo a Dios y dijo: Bendito sea el Señor Dios, que ha redimido a Israel de derramar sangre inocente; y bendito sea el Señor, que envió a su ángel y me amparó bajo sus alas. (Y los besó) y puso mesa delante de ellos, y comieron y bebieron y se quedaron allí.

4 Y se levantaron temprano y oraron: y José ensilló su asna y fue con los hombres, y llegaron a la ciudad santa, esto es, Jerusalén. Y todo el pueblo salió al encuentro de José y clamó: Paz sea a tu entrada. Y él dijo a todo el pueblo: Paz sea con vosotros, y todo el

pueblo lo besó. Y el pueblo oró con José, y estaban asombrados al verlo.

Y Nicodemo lo recibió en su casa e hizo un gran banquete, y llamó a Anás y a Caifás y a los ancianos y a los sacerdotes y a los levitas a su casa. Y se alegraron, comiendo y bebiendo con José. Y cuando hubieron cantado un himno (o bendecido a Dios), cada uno se fue a su casa. Pero José se quedó en casa de Nicodemo.

5 Y al día siguiente, que era la preparación, los jefes de la sinagoga y los sacerdotes y los levitas se levantaron de madrugada y fueron a casa de Nicodemo, y Nicodemo salió a su encuentro y dijo: La paz sea con vosotros. Y ellos dijeron: La paz sea contigo, y con José, y con toda tu casa, y con toda la casa de José. Y él los hizo entrar en su casa. Y se reunió todo el concilio, y José se sentó entre Anás y Caifás; y nadie osaba decirle palabra. Y José dijo: ¿Por qué me habéis llamado? Y ellos hicieron señas a Nicodemo para que hablase a José. Y Nicodemo abrió su boca y dijo a José: Padre, tú sabes que los venerables doctores y los sacerdotes y los levitas quieren saber de ti una cosa. Y José dijo: Preguntad. Y Anás y Caifás tomaron el libro de la ley y conjuraron a José, diciendo: Da gloria al Dios de Israel y hazle confesión: [pues Acán, cuando fue conjurado por el profeta Jesús (Josué), no se perjuró, sino que le declaró todas las cosas y no le ocultó palabra: así pues, tampoco tú nos ocultes ni una sola palabra. Y José: No os ocultaré ni una palabra.] Y le dijeron: Grande fue nuestro pesar porque pediste el cuerpo de Jesús y lo envolviste en un lienzo limpio y lo pusiste en un sepulcro. Y por esta causa te pusimos bajo guarda en una casa sin ventana, y pusimos llaves y sellos en las puertas, y guardias custodiaron el lugar donde estabas encerrado. Y el primer día de la semana la abrimos y no te hallamos, y nos turbamos en gran manera, y el asombro cayó sobre todo el pueblo del Señor hasta ayer. Declaradnos, pues, ahora, qué fue de ti.

6 Y José dijo: El día de la preparación, hacia la hora décima, me encerrasteis, y allí permanecí todo el sábado. Y a medianoche, mientras estaba en pie orando, la casa donde me teníais encerrado

fue alzada por sus cuatro esquinas, y vi como un resplandor de luz ante mis ojos, y, lleno de temor, caí a tierra. Y uno me tomó de la mano y me apartó del lugar donde había caído; y corrió sobre mí humedad de agua desde la cabeza hasta los pies, y llegó a mis narices un olor de ungüento. Y me enjugó el rostro y me besó y me dijo: No temas, José: abre tus ojos y mira quién es el que habla contigo. Y alcé la vista y vi a Jesús, y temblé, y pensé que era un espíritu: y dije los mandamientos, y él los dijo conmigo. Y, como no ignoráis, un espíritu, si se encuentra con alguien y oye los mandamientos, huye al punto. Y cuando advertí que los decía conmigo, le dije: ¿Rabí Elías? Y él me dijo: No soy Elías. Y yo le dije: ¿Quién eres, Señor? Y él me dijo: Yo soy Jesús, cuyo cuerpo pediste a Pilato, y a quien vestiste con lienzo limpio y cubriste el rostro con un sudario, y pusiste en tu cueva nueva, y rodaste una gran piedra sobre la puerta de la cueva. Y dije a aquel que hablaba conmigo: Muéstrame el lugar donde te puse. Y me llevó y me mostró el lugar donde lo había puesto, y allí estaba el lienzo, y el sudario que había cubierto su rostro. Y supe que era Jesús. Y me tomó de la mano, y estando las puertas cerradas, me puso en medio de mi casa, y me acostó en mi lecho, y me dijo: La paz sea contigo. Y me besó y me dijo: Hasta que se cumplan cuarenta días no salgas de tu casa: porque he aquí que voy a mis hermanos, a Galilea.

XVI

1 Y cuando los jefes de la sinagoga y los sacerdotes y los levitas oyeron estas palabras de José, quedaron como muertos y cayeron a tierra, y ayunaron hasta la hora novena. Y Nicodemo, con José, consoló a Anás y a Caifás y a los sacerdotes y a los levitas, diciendo: Levantaos y poneos en pie, y probad el pan, y fortaleced vuestras almas, porque mañana es el sábado del Señor. Y se levantaron y oraron a Dios, y comieron y bebieron, y se fueron cada uno a su casa.

2 Y en el sábado, los (var. nuestros) doctores y los sacerdotes y los levitas se sentaron y se preguntaron unos a otros, y dijeron: ¿Qué es esta ira que ha venido sobre nosotros? Pues conocemos a su padre y a su madre. Leví el doctor dice: Yo sé que sus padres temían a Dios y no dejaron de cumplir sus votos y pagaban el diezmo tres veces al año. Y cuando nació Jesús, sus padres lo llevaron a este lugar y ofrecieron sacrificios y holocaustos a Dios. Y [cuando] el gran doctor Simeón lo tomó en sus brazos y dijo: Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, porque mis ojos han visto tu salvación, la cual has preparado ante la faz de todos los pueblos, luz para alumbrar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel. Y Simeón los bendijo, y dijo a María, su madre: Buenas nuevas te doy acerca de este niño. Y María dijo: ¿Buenas, señor mío? Y Simeón le dijo: Buenas. He aquí que él está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel, y para señal a la que se contradirá: y una espada traspasará también tu propia alma, para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones.

3 Le dicen al doctor Leví: ¿Cómo sabes tú estas cosas? Leví les dice: ¿No sabéis que de él aprendí yo la ley? El concilio le dice: Querríamos ver a tu padre. Y enviaron a buscar a su padre, y le preguntaron, y él les dijo: ¿Por qué no habéis creído a mi hijo? El bienaventurado y justo Simeón, él le enseñó la ley. El concilio dice: Rabí Leví, ¿es verdadera la palabra que has dicho? Y él dijo: Es verdadera.

Entonces los jefes de la sinagoga y los sacerdotes y los levitas dijeron entre sí: Venid, enviemos a Galilea a los tres hombres que vinieron y nos contaron su enseñanza y su elevación, y que nos digan cómo lo vieron ser elevado. Y esta palabra plugo a todos, y enviaron a los tres hombres que antes habían ido con ellos a Galilea, y les dijeron: Decid a Rabí Addás y a Rabí Fineés y a Rabí Ageo: la paz sea con vosotros y con todos los que están con vosotros. Por cuanto se ha suscitado gran controversia en el concilio, os hemos enviado a llamaros a este lugar santo de Jerusalén.

4 Y los hombres fueron a Galilea y los hallaron sentados, meditando en la ley, y los saludaron en paz. Y los hombres que estaban en Galilea dijeron a los que habían venido a ellos: La paz sea sobre todo Israel. Y ellos dijeron: La paz sea con vosotros. Y de nuevo les dijeron: ¿Por qué habéis venido? Y los que habían sido enviados dijeron: El concilio os llama a la ciudad santa de Jerusalén. Y cuando los hombres oyeron que eran llamados por el concilio, oraron a Dios y se sentaron a la mesa con ellos y comieron y bebieron, y se levantaron y llegaron en paz a Jerusalén.

5 Y al día siguiente el concilio se reunió en la sinagoga, y los examinaron, diciendo: ¿Visteis en verdad a Jesús sentado sobre el monte Mamílque, mientras enseñaba a sus once discípulos, y lo visteis ser elevado? Y los hombres les respondieron y dijeron: Tal como lo vimos ser elevado, así os lo hemos contado.

6 Anás dice: Apartadlos unos de otros, y veamos si su palabra concuerda. Y los apartaron unos de otros, y llamaron primero a Addás y le dijeron: ¿Cómo viste a Jesús ser elevado? Addás dice: Mientras aún estaba sentado sobre el monte Mamílque y enseñaba a

sus discípulos, vimos una nube que le hacía sombra a él y a sus discípulos: y la nube lo llevó hacia arriba, al cielo, y sus discípulos yacían (var. oraban, postrados) rostro en tierra. Y llamaron al sacerdote Fineés, y lo interrogaron también, diciendo: ¿Cómo viste a Jesús ser elevado? Y él habló del mismo modo. Y de nuevo preguntaron a Ageo, y él también habló del mismo modo. Y el concilio dijo: Está contenido en la ley de Moisés: Por boca de dos o tres testigos se establecerá toda palabra.

El doctor Abutem (Butem gr., Abudem lat., Abudén, Abuten arm., om. copto) dice: Escrito está en la ley: Enoc anduvo con Dios y no fue hallado, porque Dios lo tomó. El doctor Jairo dijo: También hemos oído hablar de la muerte del santo Moisés, y no lo hemos visto; pues escrito está en la ley del Señor: Y murió Moisés por boca del Señor, y nadie supo de su sepulcro hasta hoy. Y Rabí Leví dijo: ¿Por qué, pues, dijo Rabí Simeón, cuando vio a Jesús: He aquí que este niño está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel, y para señal a la que se contradirá? Y Rabí Isaac dijo: Escrito está en la ley: He aquí que envió mi mensajero delante de tu faz, el cual irá delante de ti para guardarte en todo buen camino, porque mi nombre está invocado sobre él.

7 Entonces dijeron Anás y Caifás: Bien habéis dicho las cosas que están escritas en la ley de Moisés, que nadie vio la muerte de Enoc, y nadie ha mencionado la muerte de Moisés. Pero Jesús habló delante de Pilato, y sabemos que lo vimos recibir bofetadas y salivazos en el rostro, y que los soldados le pusieron una corona de espinas, y que fue azotado y recibió condena de Pilato, y que fue crucificado en el lugar de una calavera, con dos ladrones junto a él, y que le dieron a beber vinagre con hiel, y que el soldado Longino le traspasó el costado con una lanza, y que José, nuestro honorable padre, pidió su cuerpo, y que, según él dice, resucitó, y que (lit. como) los tres doctores dicen: Lo vimos ser elevado al cielo, y que Rabí Leví habló y testificó las cosas que había dicho Rabí Simeón, y que dijo: He aquí que este niño está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel, y para señal a la que se contradirá.

Y todos los doctores dijeron a todo el pueblo del Señor: Si esto ha acontecido de parte del Señor, y es cosa maravillosa a nuestros ojos, sabed ciertamente, oh casa de Jacob, que está escrito: Maldito todo aquel que es colgado de un madero. Y otra escritura enseña: Los dioses que no hicieron el cielo y la tierra perecerán.

Y los sacerdotes y los levitas se dijeron unos a otros: Si su memoria perdura hasta el Somos (copto: Soum), que se llama Jobel (esto es, el Jubileo), sabed que prevalecerá para siempre y suscitará para sí un pueblo nuevo.

Entonces los jefes de la sinagoga y los sacerdotes y los levitas amonestaron a todo Israel, diciendo: Maldito el hombre que adore lo que la mano del hombre ha hecho, y maldito el hombre que adore a las criaturas en lugar del Creador. Y todo el pueblo dijo: Amén, amén.

Y todo el pueblo cantó un himno al Señor y dijo: Bendito sea el Señor, que ha dado descanso a su pueblo Israel conforme a todo lo que dijo. No ha caído a tierra ni una sola palabra de todo su buen decir, que habló a su siervo Moisés. El Señor nuestro Dios sea con nosotros, como fue con nuestros padres: que no nos abandone. Y que no nos aparte de volver nuestro corazón a él, de andar en todos sus caminos y guardar sus estatutos y sus juicios, que mandó a nuestros padres. Y el Señor será Rey sobre toda la tierra en aquel día. Y habrá un solo Señor, y su nombre uno, el Señor nuestro Rey: él nos salvará.

No hay nadie semejante a ti, oh Señor. Grande eres tú, oh Señor, y grande es tu nombre.

Sánanos, oh Señor, con tu poder, y seremos sanados: sálvanos, Señor, y seremos salvos: porque somos tu porción y tu heredad.

Y el Señor no abandonará a su pueblo, por amor de su gran nombre, porque el Señor ha comenzado a hacernos su pueblo.

Y cuando todos hubieron cantado este himno, se fueron cada uno a su casa, glorificando a Dios. [Porque suya es la gloria por los siglos de los siglos. Amén.]

Hay una divergencia considerable entre las versiones en las secciones finales.

El copto concuerda sustancialmente con el griego A tal como se ha traducido más arriba.

El armenio A (vertido al latín por Conybeare) tiene solo dos cláusulas del himno final, así:

Bendito sea el Señor Dios, que ha dado descanso a todo el pueblo de Israel, según lo que dijo. Y sea el Señor nuestro Dios con nosotros, como fue con nuestros padres.

Y se fueron cada uno a su casa alabando a Dios.

El armenio a tiene, después de «el pueblo dijo Amén (tres veces)»:

Y todo el pueblo cantó un himno al Señor y se fue cada uno a su casa.

El siríaco termina en: el pueblo dijo Amén (tres veces).

El latino, tras «señal a la que se contradirá», tiene:

Entonces el doctor (Addás) dijo a toda la congregación: Si todas estas cosas que estos han testificado acontecieron en Jerusalén (var. Jesús), son de Dios, y no sean maravillosas a nuestros ojos. Los jefes de la sinagoga y los sacerdotes y los levitas se dijeron unos a otros: Está contenido en nuestra ley: Su nombre será bendito para siempre: su lugar perdurará ante el sol y su asiento ante la luna: y en él serán benditas todas las tribus de la tierra, y todas las naciones le servirán: y vendrán reyes de lejos, adorándolo y engrandeciéndolo.

La recensión B del griego, que abrevia muy extensamente la última parte de la historia (después de la Crucifixión), tiene esto como último párrafo:

Entonces Anás y Caifás separaron a los tres, uno por uno, y los interrogaron en privado por separado. Y ellos concordaron, y los tres contaron una misma historia. Los sumos sacerdotes respondieron y

dijeron: Nuestra escritura dice que toda palabra se establecerá por dos o tres testigos. José, por tanto, confesó que lo había cuidado y sepultado, junto con Nicodemo; y cómo es verdad que resucitó.

Esto enlaza con las palabras iniciales de la Parte II:

José dice: ¿Y por qué os maravilláis de que Jesús haya resucitado? etc.

Lo cierto es que las dos formas (el griego B y el latino) que llevan adjunta la Segunda Parte —el Descenso a los Infiernos— se han visto obligadas, por esa razón, a modificar el final de la Primera Parte, a fin de lograr una transición verosímil.

PARTE I

RECENSIÓN B DEL GRIEGO

Se ha dicho que esta es una reelaboración tardía del texto original. Ninguna copia conocida de ella es anterior al siglo XV, y la lengua de algunas de ellas es muy medieval. Aquí se dará solo un breve repaso de las principales adiciones a la historia.

El título dice así:

Relato acerca de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo y de su santa Resurrección. Escrito por un judío llamado Eneas, el cual Nicodemo, toparca romano, tradujo de la lengua hebrea a la lengua romana.

En dos copias hay este prólogo:

Después que el reino de los hebreos fue disuelto, y hubieron pasado cuatrocientos años, y los hebreos estuvieron también sujetos al imperio de los romanos, nombrándoles el emperador de los romanos un rey: después, cuando Tiberio César empuñaba el cetro de los romanos, en el año decimoctavo de su reinado, habiendo nombrado a Herodes rey en Judea, hijo de aquel Herodes que en otro tiempo mató a los niños en Belén: y teniendo a Pilato por gobernador en Jerusalén, y siendo Anás y Caifás sumos sacerdotes de Jerusalén; Nicodemo, toparca romano, llamó a sí a un judío

llamado Eneas, y procuró que se pusieran por escrito las cosas que se hicieron en Jerusalén en los días de Anás y Caifás acerca de Cristo: lo cual, hecho por el judío y entregado a Nicodemo, él tradujo estas cosas de la escritura hebrea a la lengua romana: y la materia de esta historia es esta:

(Donde se observará que Nicodemo ya no es el personaje bíblico, sino un funcionario romano. «Lengua romana» (romaica) significa aquí no el latín, sino el griego, y el término es indicio de una fecha muy tardía.)

El cap. i comienza así:

Cuando nuestro Señor Jesucristo hubo obrado muchos y grandes e insólitos prodigios en Judea, y por ello era envidiado por los hebreos: siendo Pilato gobernador en Jerusalén, y Anás y Caifás sumos sacerdotes: vinieron ciertos judíos a esos mismos sumos sacerdotes, a saber, Judas, Leví, Neftalí, Alejandro, Siro y otros muchos, hablando contra Cristo; a los cuales también enviaron esos sumos sacerdotes a decir estas cosas a Pilato.

La historia sigue, naturalmente, las mismas líneas que A, pero con diferencias grandes y pequeñas; y los manuscritos particulares hacen a menudo grandes inserciones.

Pilato da su propio manto (ἵματιον) al mensajero, al que un manuscrito llama Rachaab.

Se eliminan las palabras hebreas salvo Hosanna: un manuscrito interpola entonces una noticia de la llamada de los apóstoles y muchos de los milagros del ministerio, y prolonga el relato hasta la negación de Pedro. Malco, dice, fue quien abofeteó a Jesús.

Otro manuscrito, omitiendo todo lo precedente, comienza la historia con el arrepentimiento de Judas. Este devuelve el dinero a los sacerdotes, y ellos lo injurian largamente por su traición. Entonces él arroja el dinero y los deja.

Y yéndose a su casa para hacer una soga con que ahorcarse, halló a su mujer sentada, asando un gallo al fuego de las brasas, o en una

sartén, antes de comerlo: y le dice: Levántate, mujer, y provéeme de una cuerda, porque quiero ahorcarme, como merezco. Pero su mujer le dijo: ¿Por qué dices tales cosas? Y Judas le dice: Sabe en verdad que he traicionado malvadamente a mi maestro Jesús, entregándolo a los malhechores para que Pilato lo hiciese morir: pero él resucitará al tercer día, ¡y ay de nosotros! Y su mujer le dijo: No digas ni pienses tal cosa: porque tan verdad es que este gallo que se asa al fuego de las brasas pueda cantar, como que Jesús resucitará, según dices. E inmediatamente, a su palabra, aquel gallo extendió las alas y cantó tres veces. Entonces quedó Judas aún más convencido, y al punto hizo la soga y se ahorcó.

El resto de la historia es como la conocemos.

Esta historia del gallo pasó al latín, y de ahí a muchas leyendas vernáculas medievales. Las copias latinas dicen que se encuentra «en los libros de los griegos».

En el cap. ix se inserta el envío de Jesús a Herodes: uno de los muchos cambios armonizadores que hace este texto, para incluir todo lo que cuentan los evangelios canónicos.

En el cap. x se amplía en gran manera el episodio de llevar la cruz. Tenemos, en primer lugar, a Simón de Cirene: «Le dieron la cruz, no porque tuvieran compasión de Jesús y quisieran aliviarlo de su carga, sino deseando, como se ha dicho, matarlo más deprisa». Juan los siguió, y luego huyó y fue a la Madre de Dios (llamada aquí siempre la Theotokos) y se lo contó. Se refiere su lamento —y ella, y Marta, y María Magdalena, y Salomé, y las demás mujeres van al lugar. Juan señala a Jesús, y la Virgen se desmaya y se lamenta de nuevo. Estos lamentos se amplían en gran manera en uno u otro de los manuscritos. Dimas es crucificado a la derecha y Gestas a la izquierda. Al final del cap. x, donde se narran las palabras de los ladrones, dos de los tres manuscritos usados por Tischendorf insertan la historia del encuentro con Dimas en Egipto. Primero tenemos el episodio de la palmera que se inclina para dar su fruto. Después la Sagrada Familia se encuentra con Dimas, quien, admirado por la hermosura de María y del niño en sus brazos, los

adora y dice: «Si Dios tuviese madre, habría dicho que tú lo eres». Los recibe en su casa, y cuando sale de caza los encomienda al cuidado de su mujer. Tiene un hijo leproso que llora sin cesar, y es sanado con el agua con que fue lavado Jesús. Dimas, al oír esto a su regreso, se mueve a hacer cuanto puede por ayudar a María: y a la vuelta de Egipto vuelve a ayudarlos, y María le promete una recompensa por su bondad. «Por ello fue tenido por digno, por la gracia del Dios misericordioso y de su Madre... de dar testimonio en la cruz junto con Cristo».

En el capítulo XI se amplía el episodio en que José pide el cuerpo. En una copia, es la Virgen quien se lo pide a él. En otra, José va a ver a Nicodemo, que no quiere acompañarlo ante Pilato pero está dispuesto a ayudar en el sepelio. Hay un largo discurso de José a Pilato, en el que cada cláusula comienza con «Dame a este forastero».

En el sepelio hay una lamentación final de la Virgen y otra de María Magdalena, que dice: «¿Quién dará esto a conocer a todo el mundo? Yo iré sola a Roma, ante el César: le mostraré el mal que ha hecho Pilato, consintiendo con los judíos malvados». Esta historia del viaje de María Magdalena a Roma es una de las que aparecen en las crónicas bizantinas y otros documentos tardíos.

En el capítulo XII, dos de las copias marcan una conclusión tras el sellado del sepulcro. De hecho, una de ellas termina aquí realmente; la otra tiene una doxología y un colofón, pero continúa con XII, 2: «Al amanecer el día del Señor, los sumos sacerdotes se reunieron en consejo», etc.

Los capítulos restantes, del XIII al XVI, están drásticamente abreviados, y contienen 147 líneas impresas frente a las 333 de la recensión A. El párrafo final ya se ha traducido más arriba, y el texto enlaza, como allí se muestra, con la Parte II, el Descenso a los Infiernos. Entre las variaciones respecto al relato de A, cuyo propósito no está claro, está esta: que los tres testigos de la Ascensión reciben aquí los nombres de «un sacerdote llamado Fineés, un levita llamado Ageo y un soldado llamado Adas».

PARTE II

EL DESCENSO A LOS INFIERNOS

Este escrito, o el núcleo de él, la historia del Descenso a los Infiernos, no formaba originalmente parte de los Hechos de Pilato. Es —aparte de su marco— probablemente un documento más antiguo. No se sabe con certeza cuándo se unió por primera vez a los Hechos de Pilato. El objeto de esta nota preliminar es decir que poseemos el texto en tres formas.

1. Griego, solo en manuscritos tardíos de la Recensión B. Tischendorf empleó tres.

2. Latín A, hallado quizá en la mayoría de los manuscritos latinos. Adviértase que todos los manuscritos latinos contienen las dos partes de los Hechos de Pilato.

3. Latín B, un texto más bien abreviado en el relato del Descenso, que difiere de A en el orden de los contenidos y en el marco. Pero la sección inicial es mucho más larga que la de cualquiera de los otros dos.

No hay versiones antiguas salvo la latina. El copto, el siríaco y el armenio contienen solo la Parte I.

El orden del relato en las tres recensiones requiere una nota. Latín A y el griego coinciden. Latín B difiere.

- i. Los dos hombres (sin nombre en el griego) son hallados e inducidos a escribir su relato.
 - ii. El relato. Una luz brilla en el infierno. Hablan Adán, Isaías y Simeón (no en B). (En el griego, Abraham e Isaías.) Llega Juan el Bautista.
 - iii. El relato de Set sobre el óleo de la misericordia.
 - iv. Diálogo de Satanás con el Hades.
 - v. Primer clamor: Alzad las puertas. Hablan David e Isaías. Segundo clamor. Habla David. Cristo entra. (En el griego, David habla solo una vez.)
 - vi. Discurso del Hades a Cristo (no en B). Satanás es atado.
 - vii. El Hades escarnece a Satanás.
 - viii. Cristo saluda a Adán y saca del infierno a todos los santos. Hablan David, Habacuc y Miqueas (no en B). (El griego omite las profecías.)
 - ix. Se encuentran con Enoc y Elías (no en B).
 - x. Se encuentran con el ladrón.
 - xi. Conclusión.
 - xii. Los dos hombres desaparecen, etc.
- i. Los dos hombres son hallados, escriben su relato y regresan a sus sepulcros.
 - ii. El relato. Una luz brilla. Una voz: Alzad las puertas. Satanás tiene aseguradas las puertas.
 - iii. Diálogo del Hades y Satanás (A. iv).
 - iv. El relato de Set.
 - v. Isaías y Juan el Bautista (A. ii).
 - vi. David y Jeremías. A Satanás no se le permite salir del infierno.

vii. Clamor: Alzad las puertas. Aparece el buen ladrón (A. x).
Segundo clamor.

viii. Las puertas se rompen. Cristo entra. Satanás es atado.

ix. Cristo saluda a Adán y Eva (no en A).

x. Planta su cruz en el infierno (no en A). Sale del infierno.
Conclusión.

Para presentar el material de forma justa ante los lectores, parece necesario ofrecer los tres textos. Aquí el griego, que, como el resto de la Recensión B, es de tipo tardío, quedará relegado al segundo lugar, y se dará preferencia al Latín A. La numeración de capítulos y versículos es la de Tischendorf.

EL DESCENSO A LOS INFIERNOS. TEXTO LATINO

A

[La Parte I, cap. XVI, termina con palabras de los príncipes de la sinagoga, etc.: Todas las naciones le servirán, y vendrán reyes de lejos a adorarlo y engrandecerlo. La Parte II, cap. I, continúa a partir de aquí.]

I (XVII)

1 Y se levantó José y dijo a Anás y a Caifás: Con razón y justicia os maravilláis, porque habéis oído que Jesús ha sido visto vivo después de la muerte, y que ha ascendido a los cielos. Sin embargo, es más maravilloso que no resucitara solo de entre los muertos, sino que resucitara vivos a muchos otros muertos, sacándolos de sus sepulcros, y han sido vistos por muchos en Jerusalén. Y ahora escuchadme; pues todos nosotros conocemos al bienaventurado Simeón, el sumo sacerdote que recibió en sus manos al niño Jesús en el templo. Y este Simeón tuvo dos hijos, hermanos de sangre, y todos nosotros estuvimos presentes en su tránsito y en su sepelio. Id, pues, y mirad sus sepulcros: pues están abiertos, porque han resucitado, y he aquí que están en la ciudad de Arimatea, morando juntos en oración. Y en verdad se los oye clamar, mas no hablan con nadie, sino que permanecen callados como muertos. Pero venid, vayamos a ellos, y con todo honor y mansedumbre traerlos ante nosotros, y si los conjuramos, quizá nos digan el misterio de su resurrección.

2 Cuando oyeron estas cosas, todos se alegraron. Y Anás y Caifás, Nicodemo, José y Gamaliel fueron y no los hallaron en su sepulcro, sino que fueron a la ciudad de Arimatea, y allí los hallaron, de rodillas y entregados a la oración. Y los besaron, y con toda reverencia y en el temor de Dios los llevaron a Jerusalén, a la sinagoga. Y cerraron las puertas, y tomaron la ley del Señor y la pusieron en sus manos, y los conjuraron por el Dios Adonai y el Dios de Israel, que habló a nuestros padres por los profetas, diciendo: ¿Creéis que fue Jesús quien os resucitó de entre los muertos? Decidnos cómo habéis resucitado de entre los muertos.

3 Y cuando Carino y Leucio oyeron este conjuro, se estremecieron en su cuerpo y gimieron, turbados en el corazón. Y alzando juntos los ojos al cielo, hicieron con sus dedos la señal de la cruz sobre sus lenguas, y al punto hablaron ambos, diciendo: Dadnos a cada uno un rollo de papel, y escribamos lo que hemos visto y oído. Y se los dieron, y cada uno de ellos se sentó y escribió, diciendo:

II (XVIII)

1 Oh Señor Jesucristo, vida y resurrección de los muertos (var., resurrección de los muertos y vida de los vivos), permítenos hablar de los misterios de tu majestad que obraste después de tu muerte en la cruz, ya que hemos sido conjurados por tu Nombre. Pues tú mandaste a nosotros, tus siervos, que no dijéramos a nadie los secretos de tu divina majestad que obraste en el infierno.

Y estando nosotros reunidos con todos nuestros padres en el abismo, en la oscuridad de las tinieblas, de repente vino un ardor dorado de sol y una luz púrpura y regia que brilló sobre nosotros. Y al instante el padre de todo el linaje humano, junto con todos los patriarcas y profetas, se alegró, diciendo: Esta luz es el origen (autor) de la luz eterna, que prometió enviarnos su luz coeterna. Y clamó Isaías y dijo: Esta es la luz del Padre, el mismo Hijo de Dios, según profeticé cuando vivía sobre la tierra: La tierra de Zabulón y la tierra de Neftalín, más allá del Jordán, la Galilea de los gentiles, el pueblo que andaba en tinieblas ha visto una gran luz, y sobre los que moran en la tierra de sombra de muerte, sobre ellos ha brillado

la luz. Y ahora ha venido y ha brillado sobre nosotros, que estamos sentados en la muerte.

2 Y mientras todos nos alegrábamos en la luz que brillaba sobre nosotros, vino a nosotros nuestro padre Simeón, y él, alegrándose, nos dijo: Glorificad al Señor Jesucristo, el Hijo de Dios; porque yo lo recibí en mis manos en el templo cuando nació niño, y movido por el Espíritu Santo hice confesión y le dije: Ahora han visto mis ojos tu salvación, que has preparado ante la faz de todos los pueblos, luz para alumbrar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel. Y cuando oyeron estas cosas, toda la multitud de los santos se alegró aún más.

3 Y después de esto llegó uno como morador del desierto, y todos le preguntaron: ¿Quién eres tú? Y él les respondió y dijo: Yo soy Juan, la voz y el profeta del Altísimo, que vine delante de su venida para preparar sus caminos, para dar a su pueblo conocimiento de la salvación, para la remisión de sus pecados. Y cuando lo vi venir hacia mí, movido por el Espíritu Santo, dije: He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo. Y lo bauticé en el río Jordán, y vi al Espíritu Santo descender sobre él en figura de paloma, y oí una voz del cielo que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia. Y ahora he venido delante de su faz, y he bajado para anunciaros que está cerca para visitarnos, el mismo albor del alba, el Hijo de Dios, que viene de lo alto a nosotros, que estamos sentados en tinieblas y en sombra de muerte.

III (XIX)

1 Y cuando el padre Adán, que fue el primero creado, oyó esto, a saber, que Jesús había sido bautizado en el Jordán, clamó a Set, su hijo, diciendo: Declara a tus hijos, los patriarcas y los profetas, todo lo que oíste de Miguel el arcángel cuando te envié a las puertas del paraíso para que suplicaras a Dios que te enviara a su ángel a darte el óleo del árbol de la misericordia, para ungir mi cuerpo cuando estuve enfermo. Entonces Set se acercó a los santos patriarcas y profetas, y dijo: Cuando yo, Set, estaba orando a las puertas del paraíso, he aquí que Miguel, el ángel del Señor, se me apareció,

diciendo: Soy enviado a ti de parte del Señor: yo soy el que está puesto sobre el cuerpo del hombre. Y te digo, Set, que no te aflijas con lágrimas, orando y suplicando por el óleo del árbol de la misericordia, para que unjas a tu padre Adán por el dolor de su cuerpo; pues no podrás recibirlo sino en los últimos días y tiempos, sino cuando se cumplan cinco mil quinientos (al. 5.952) años: entonces el muy amado Hijo de Dios vendrá sobre la tierra a levantar el cuerpo de Adán y los cuerpos de los muertos, y vendrá y será bautizado en el Jordán. Y cuando haya salido de las aguas del Jordán, entonces ungirá con el óleo de la misericordia a todos los que crean en él, y ese óleo de misericordia será para todas las generaciones de los que nazcan de agua y del Espíritu Santo, para vida eterna. Entonces el muy amado Hijo de Dios, es decir, Cristo Jesús, descenderá a la tierra y hará entrar a nuestro padre Adán en el paraíso, hasta el árbol de la misericordia.

Y cuando oyeron todas estas cosas de boca de Set, todos los patriarcas y profetas se alegraron con gran alegría.

IV (XX)

1 Y mientras todos los santos se alegraban, he aquí que Satanás, príncipe y jefe de la muerte, dijo al Hades: Disponte a recibir a Jesús, que se jacta de ser el Hijo de Dios, siendo así que es un hombre que teme la muerte, y dice: Mi alma está triste hasta la muerte. Y ha sido gran enemigo mío, haciéndome mucho daño, pues a muchos que yo había hecho ciegos, cojos, mudos, leprosos y poseídos, los ha sanado con una palabra; y a algunos que yo te había traído muertos, él te los ha arrebatado.

2 El Hades respondió y dijo a Satanás el príncipe: ¿Quién es este que es tan poderoso, si es un hombre que teme la muerte? Pues todos los poderosos de la tierra están sometidos bajo mi poder, incluso aquellos que tú me has traído sometidos por tu poder. Si, pues, eres poderoso, ¿qué clase de hombre es este Jesús que, aunque teme la muerte, resiste tu poder? Si es tan poderoso en su humanidad, en verdad te digo que es todopoderoso en su divinidad, y ningún hombre puede resistir su poder. Y cuando dice que teme la

muerte, quiere engañarte con una trampa, y ay será para ti por siglos eternos. Pero Satanás, príncipe del Tártaro, dijo: ¿Por qué dudas y temes recibir a este Jesús, que es adversario tuyo y mío? Pues yo lo tenté, y he excitado con envidia y con ira contra él a mi antiguo pueblo de los judíos. He afilado una lanza para atravesarlo, hiel y vinagre he mezclado para darle de beber, y he preparado una cruz para crucificarlo y clavos para traspasarlo; y su muerte está ya cerca, para que pueda traértelo, sujeto a ti y a mí.

3 El Hades respondió y dijo: Me has dicho que es él quien me ha arrebatado a los muertos. Pues hay muchos que, mientras vivieron en la tierra, me han arrebatado muertos, mas no por su propio poder, sino por oración a Dios, y su Dios todopoderoso me los ha quitado. ¿Quién es este Jesús que, con su propia palabra y sin oración, me ha arrebatado a los muertos? Quizá sea aquel que, con la palabra de su mandato, resucitó a Lázaro, que llevaba cuatro días muerto, y hedía, y estaba corrompido, a quien yo tenía aquí muerto. Satanás, príncipe de la muerte, respondió y dijo: Es ese mismo Jesús. Cuando el Hades oyó esto, le dijo: Te conjuro por tu fuerza y por la mía que no me lo traigas. Pues en aquel tiempo yo, al oír el mandato de su palabra, temblé y quedé sobrecogido de espanto, y todos mis ministros conmigo se turbaron. Y no pudimos retener a Lázaro, sino que, como un águila, sacudiéndose, saltó fuera con toda agilidad y presteza, y se apartó de nosotros; y también la tierra que retenía el cuerpo muerto de Lázaro al punto se lo devolvió vivo. Por lo cual ahora sé que ese hombre que fue capaz de hacer estas cosas es un Dios fuerte en el mandato y poderoso en su humanidad, y que es el salvador del género humano. Y si me lo traes, él pondrá en libertad a todos los que aquí están encerrados en la dura prisión y atados en las cadenas de sus pecados, que no pueden romperse, y los llevará a la vida de su divinidad para siempre.

V (XXI)

1 Y mientras Satanás el príncipe y el Hades hablaban así entre sí, de repente vino una voz como de trueno y un clamor espiritual: Quitad, oh príncipes, vuestras puertas, y alzaos, puertas eternas, y

entrará el Rey de la gloria. Cuando el Hades oyó esto, dijo a Satanás el príncipe: Apártate de mí y sal de mi morada: si eres poderoso guerrero, lucha tú contra el Rey de la gloria. Mas ¿qué tienes tú que ver con él? Y el Hades arrojó a Satanás fuera de su morada. Entonces dijo el Hades a sus malvados ministros: Cerrad las duras puertas de bronce y ponedles las barras de hierro, y resistid con firmeza, no sea que nosotros, que tenemos cautivos, seamos hechos cautivos.

2 Mas cuando toda la multitud de los santos oyó esto, hablaron con voz de reprensión al Hades: Abre tus puertas, para que entre el Rey de la gloria. Y clamó David, diciendo: ¿No os anuncié yo, cuando vivía sobre la tierra: Den gracias al Señor por sus misericordias y sus maravillas para con los hijos de los hombres, el cual quebrantó las puertas de bronce y rompió en pedazos los cerrojos de hierro: él los sacó del camino de su iniquidad? Y después, del mismo modo, dijo Isaías: ¿No os anuncié yo, cuando vivía sobre la tierra: Los muertos resucitarán, y los que están en los sepulcros se levantarán, y los que están en la tierra se regocijarán, porque el rocío que viene del Señor es su salud? Y también dije: ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, oh Hades, tu victoria?

3 Cuando oyeron esto de labios de Isaías, todos los santos dijeron al Hades: Abre tus puertas: ahora serás vencido, y débil, y sin fuerza. Y vino una gran voz, como de trueno, que decía: Quitad, oh príncipes, vuestras puertas, y alzaos, puertas del infierno, y entrará el Rey de la gloria. Y cuando el Hades vio que así clamaban por segunda vez, dijo, como si no lo supiera: ¿Quién es el Rey de la gloria? Y David respondió al Hades y dijo: Conozco las palabras de este clamor, porque por su espíritu profeticé lo mismo; y ahora te digo lo que antes dije: El Señor, fuerte y poderoso, el Señor, poderoso en la batalla, él es el Rey de la gloria. Y también: El Señor miró desde el cielo, para oír los gemidos de los que están en cadenas y librar a los hijos de los que fueron muertos. Y ahora, oh tú, el más inmundo y hediondo Hades, abre tus puertas, para que entre el Rey de la gloria. Y mientras David hablaba así al Hades, el Señor de la majestad apareció en forma de hombre, e iluminó las

tinieblas eternas y rompió las ataduras que no podían soltarse: y el socorro de su poder eterno visitó a los que estábamos sentados en las profundas tinieblas de nuestras transgresiones y en la sombra de muerte de nuestros pecados.

VI (XXII)

1 Cuando el Hades y la muerte y sus perversos ministros vieron esto, quedaron heridos de temor, ellos y sus crueles oficiales, a la vista del resplandor de tan gran luz en su propio reino, viendo de repente a Cristo en su morada, y clamaron, diciendo: Somos vencidos por ti. ¿Quién eres tú, que has sido enviado por el Señor para nuestra confusión? ¿Quién eres tú, que sin ningún daño de corrupción, y con las señales (?) de tu majestad sin mancha, condenas con ira nuestro poder? ¿Quién eres tú, tan grande y tan pequeño a la vez, humilde y ensalzado, soldado y capitán, guerrero admirable en figura de siervo, y Rey de la gloria muerto y viviente, a quien la cruz llevó muerto sobre sí? Tú, que yacías muerto en el sepulcro, has descendido a nosotros vivo: y a tu muerte tembló toda la creación y se conmovieron todas las estrellas: y te has hecho libre entre los muertos y pones en fuga a nuestras legiones. ¿Quién eres tú, que sueltas a los prisioneros que están atados por el pecado original y los restituyes a su antigua libertad? ¿Quién eres tú, que derramas tu luz divina y resplandeciente sobre los que estaban cegados por las tinieblas de sus pecados? Del mismo modo, todas las legiones de los demonios quedaron heridas de igual temor, y clamaron todas juntas en el terror de su confusión, diciendo: ¿De dónde eres tú, Jesús, varón tan poderoso y resplandeciente en majestad, tan excelente, sin mancha y limpio de pecado? Porque aquel mundo de la tierra, que hasta ahora nos ha estado siempre sujeto, y nos pagaba tributo para nuestro provecho, nunca nos envió un muerto semejante a ti, ni jamás envió tal don al Hades. ¿Quién eres tú, pues, que con tal osadía entras en nuestros términos, y no solo no temes nuestros tormentos, sino que además pretendes llevarte de nuestras ataduras a todos los hombres? Quizá seas aquel Jesús, de quien Satanás, nuestro príncipe, dijo que por tu muerte de cruz habrías de recibir el dominio del mundo entero.

2 Entonces el Rey de la gloria, en su majestad, holló a la muerte, y echó mano de Satanás el príncipe, y lo entregó al poder del Hades, y atrajo a Adán hacia sí, a su propio resplandor.

VII (XXIII)

Entonces el Hades, recibiendo a Satanás el príncipe, le dijo con dura reprensión: Oh príncipe de la perdición y caudillo de la destrucción, Belcebú, escarnio de los ángeles y escupidura de los justos, ¿por qué quisiste hacer esto? Quisiste crucificar al Rey de la gloria, y a su muerte nos prometiste grandes despojos de ella: como un necio no supiste lo que hacías. Porque he aquí que ahora este Jesús pone en fuga, con el resplandor de su majestad, todas las tinieblas de la muerte, y ha quebrantado las fuertes profundidades de las cárceles, y ha sacado a los prisioneros, y ha soltado a los que estaban atados. Y todos los que gemían en nuestros tormentos se regocijan contra nosotros, y por sus oraciones nuestros dominios son vencidos y nuestros reinos conquistados, y ahora ninguna nación de hombres nos teme ya. Y además de esto, los muertos, que nunca solían ser altivos, triunfan sobre nosotros, y los cautivos, que nunca pudieron alegrarse, nos amenazan. Oh príncipe Satanás, padre de todos los malvados e impíos y renegados, ¿por qué quisiste hacer esto? Los que desde el principio hasta ahora habían perdido la esperanza de la vida y la salvación —ahora no se oye ninguno de sus acostumbrados bramidos, ni suena en nuestros oídos gemido alguno de ellos, ni hay señal de lágrimas en el rostro de ninguno de ellos. Oh príncipe Satanás, poseedor de las llaves del infierno, aquellas riquezas tuyas que habías ganado por el árbol de la transgresión y la pérdida del paraíso, las has perdido por el árbol de la cruz, y todo tu gozo ha perecido. Cuando colgaste a Cristo Jesús, el Rey de la gloria, obraste contra ti mismo y contra mí. De aquí en adelante sabrás qué tormentos eternos y qué penas infinitas has de sufrir bajo mi custodia para siempre. Oh príncipe Satanás, autor de la muerte y cabeza de toda soberbia, debiste primero haber buscado alguna causa de mal en este Jesús: ¿por qué te aventuraste sin causa a crucificarlo injustamente, a él en quien no hallaste culpa

alguna, y a traer a nuestro reino al inocente y justo, y a perder al culpable y al impío y al injusto de todo el mundo?

Y cuando el Hades hubo hablado así a Satanás el príncipe, dijo entonces el Rey de la gloria al Hades: Satanás el príncipe estará en tu poder por todos los siglos, en lugar de Adán y de sus hijos, es decir, de aquellos que son mis justos.

VIII (XXIV)

1 Y el Señor, extendiendo su mano, dijo: Venid a mí, todos vosotros, santos míos, que lleváis mi imagen y mi semejanza. Vosotros que por el árbol y por el demonio y por la muerte fuisteis condenados, he aquí que ahora el demonio y la muerte son condenados por el árbol. Y al instante todos los santos se congregaron en uno bajo la mano del Señor. Y el Señor, teniendo la diestra de Adán, le dijo: Paz sea contigo y con todos tus hijos que son mis justos. Mas Adán, echándose a las rodillas del Señor, le rogó con lágrimas y súplicas, y dijo a gran voz: Te engrandeceré, oh Señor, porque me has levantado y no has permitido que mis enemigos triunfen sobre mí: oh Señor, Dios mío, clamé a ti y tú me has sanado; Señor, has sacado mi alma del infierno, me has librado de los que descienden a la fosa. Cantad alabanzas al Señor, todos vosotros, santos suyos, y dadle gracias en memoria de su santidad. Porque hay ira en su indignación, y vida en su buena voluntad. Del mismo modo, todos los santos de Dios se arrodillaron y se postraron a los pies del Señor, diciendo a una voz: Tú has venido, oh redentor del mundo: lo que anunciaste por la ley y por tus profetas, eso has cumplido en obra. Has redimido a los vivos por tu cruz, y por la muerte de cruz has descendido a nosotros, para salvarnos del infierno y de la muerte mediante tu majestad. Oh Señor, así como pusiste el nombre de tu gloria en los cielos, y alzaste tu cruz como señal de redención sobre la tierra, así también, Señor, alza la señal de la victoria de tu cruz en el infierno, para que la muerte no tenga ya más dominio.

2 Y el Señor extendió su mano e hizo la señal de la cruz sobre Adán y sobre todos sus santos, y tomó la diestra de Adán y subió

fuera del infierno, y todos los santos lo siguieron. Entonces el santo David clamó en alta voz y dijo: Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas. Su diestra le ha dado la victoria, y su santo brazo. El Señor ha hecho notoria su salvación, ante la faz de todas las naciones ha revelado su justicia. Y toda la multitud de los santos respondió, diciendo: Tal honor tienen todos sus santos. Amén, Aleluya.

3 Y después de esto clamó el profeta Habacuc y dijo: Saliste para la salvación de tu pueblo, para libertar a tus escogidos. Y todos los santos respondieron, diciendo: Bendito el que viene en el nombre del Señor. Dios es el Señor y nos ha mostrado luz. Amén, Aleluya.

Asimismo, después de esto, clamó también el profeta Miqueas, diciendo: ¿Qué Dios hay como tú, oh Señor, que quitas la iniquidad y borras los pecados? Y ahora retienes tu ira en testimonio de que eres misericordioso por tu libre voluntad, y te vuelves y tienes piedad de nosotros, perdonas todas nuestras iniquidades y has hundido todos nuestros pecados en las profundidades del mar, como juraste a nuestros padres en los días antiguos. Y todos los santos respondieron, diciendo: Este es nuestro Dios por los siglos de los siglos, él será nuestro guía por siempre jamás. Amén, Aleluya. Y así hablaron todos los profetas, haciendo mención de las santas palabras de sus alabanzas, y todos los santos siguieron al Señor, clamando: Amén, Aleluya.

IX (XXV)

Mas el Señor, teniendo la mano de Adán, lo entregó al arcángel Miguel, y todos los santos siguieron al arcángel Miguel, y él los llevó a todos a la gloria y hermosura (gracia) del paraíso. Y allí se encontraron con ellos dos varones, ancianos de días, y cuando los santos les preguntaron: ¿Quiénes sois vosotros, que aún no habéis muerto con nosotros en el infierno, y estáis en el paraíso en cuerpo? entonces uno de ellos, respondiendo, dijo: Yo soy Enoc, que fui trasladado aquí por la palabra del Señor, y este que está conmigo es Elías el Tisbita, que fue arrebatado en un carro de fuego: y hasta el día de hoy no hemos gustado la muerte, sino que estamos

reservados para la venida del Anticristo, para pelear contra él con señales y prodigios de Dios, y ser muertos por él en Jerusalén, y después de tres días y medio ser arrebatados de nuevo vivos sobre las nubes.

X (XXVI)

Y mientras Enoc y Elías hablaban así con los santos, he aquí que llegó otro hombre de vil aspecto, que llevaba sobre sus hombros la señal de la cruz; y al verlo, todos los santos le dijeron: ¿Quién eres tú? Pues tu aspecto es como el de un ladrón; ¿y por qué llevas una señal sobre tus hombros? Y él les respondió y dijo: Bien habéis dicho, pues yo era un ladrón, y hacía toda clase de mal sobre la tierra. Y los judíos me crucificaron junto con Jesús, y vi las maravillas que se obraron en la creación por medio de la cruz de Jesús cuando fue crucificado, y creí que él era el hacedor de todas las criaturas y el rey todopoderoso, y le supliqué diciendo: Acuérdate de mí, Señor, cuando vengas a tu reino. Y al punto recibió mi oración, y me dijo: En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso; y me dio la señal de la cruz, diciendo: Lleva esto y ve al paraíso, y si el ángel que guarda el paraíso no te deja entrar, muéstrale la señal de la cruz, y le dirás: Jesucristo el Hijo de Dios, que ahora está crucificado, me ha enviado. Y cuando hube hecho así, dije todas estas cosas al ángel que guarda el paraíso; y cuando oyó esto de mí, al punto abrió la puerta y me hizo entrar, y me puso a la diestra del paraíso, diciendo: He aquí, aguarda un poco, y Adán, el padre de todo el género humano, entrará con todos sus hijos santos y justos, tras el triunfo y la gloria de la ascensión de Cristo el Señor crucificado. Cuando oyeron todas estas palabras del ladrón, todos los santos patriarcas y los profetas dijeron a una voz: Bendito sea el Señor Todopoderoso, el Padre de los bienes eternos, el Padre de las misericordias, tú que has dado tal gracia a tus pecadores y los has hecho volver a la hermosura del paraíso y a tus buenos pastos, porque esta es la vida santísima del espíritu. Amén, amén.

XI (XXVII)

Estos son los divinos y santos misterios que vimos y oímos, yo mismo, Carino, y Leucio; mas no nos fue permitido relatar más de los otros misterios de Dios, según nos mandó estrictamente el arcángel Miguel, diciendo: Iréis con vuestros hermanos a Jerusalén y permaneceréis en oración, clamando y glorificando la resurrección del Señor Jesucristo, que os ha resucitado de entre los muertos juntamente con él; y no hablaréis con hombre alguno, sino que estaréis sentados como mudos, hasta que llegue la hora en que el Señor mismo os permita declarar los misterios de su divinidad. Mas a nosotros nos mandó el arcángel Miguel que fuésemos al otro lado del Jordán, a un lugar rico y fértil, donde hay muchos que resucitaron juntamente con nosotros para testimonio de la resurrección de Cristo el Señor. Pues solo por tres días nos fue concedido a los que resucitamos de entre los muertos guardar la pascua del Señor en Jerusalén con nuestros parientes que viven, para testimonio de la resurrección de Cristo el Señor; y fuimos bautizados en el santo río Jordán y recibimos vestiduras blancas, todos y cada uno de nosotros. Y después de los tres días, cuando hubimos guardado la pascua del Señor, todos fueron arrebatados a las nubes los que habían resucitado juntamente con nosotros, y fueron llevados al otro lado del Jordán y no fueron vistos más de hombre alguno. Mas a nosotros se nos dijo que permaneciésemos en la ciudad de Arimatea y continuásemos en oración.

Estas son todas las cosas que el Señor nos mandó declararos: dadle alabanza y acción de gracias (confesión), y arrepentíos, para que tenga misericordia de vosotros. La paz sea con vosotros de parte del mismo Señor Jesucristo, que es el Salvador de todos nosotros. Amén.

Y cuando hubieron acabado de escribir todas las cosas en los diversos volúmenes de papel, se levantaron; y Carino dio lo que él había escrito, en manos de Anás y Caifás y Gamaliel; asimismo Leucio dio lo que había escrito en manos de Nicodemo y José. Y de repente fueron transfigurados y se volvieron sumamente blancos, y no fueron vistos más. Mas sus escritos se hallaron iguales, ni más ni menos por una sola letra.

Y cuando toda la sinagoga de los judíos oyó todos estos maravillosos dichos de Carino y Leucio, se dijeron unos a otros: En verdad, todas estas cosas fueron obradas por el Señor, y bendito sea el Señor por los siglos de los siglos, amén. Y salieron todos ellos con gran turbación de ánimo, golpeándose el pecho con temor y temblor, y se fueron cada uno a su casa.

Y todas estas cosas que fueron dichas por los judíos en su sinagoga, José y Nicodemo las declararon al punto al gobernador. Y el mismo Pilato escribió todas las cosas que fueron hechas y dichas acerca de Jesús por los judíos, y guardó todas las palabras en los libros públicos de su pretorio.

XII (XXVIII)

Este capítulo no se halla en la mayoría de las copias.

Después de estas cosas, Pilato entró en el templo de los judíos y reunió a todos los principales de los sacerdotes, y a los maestros (grammaticos) y escribas y doctores de la ley, y entró con ellos en el lugar santo del templo, y mandó cerrar todas las puertas, y les dijo: Hemos oído que tenéis en este templo una gran Biblia; por lo cual os pido que sea traída ante nosotros. Y cuando aquella gran Biblia, adornada de oro y piedras preciosas, fue traída por cuatro ministros, Pilato les dijo a todos: Os conjuro por el Dios de vuestros padres, que os mandó edificar este templo en el lugar de su santuario, que no me ocultéis la verdad. Sabéis todas las cosas que están escritas en esta Biblia; mas decidme ahora si habéis hallado en las escrituras que este Jesús a quien habéis crucificado es el Hijo de Dios que había de venir para la salvación del género humano, y en qué año de los tiempos debía venir. Declaradme si lo crucificasteis por ignorancia o a sabiendas.

Y Anás y Caifás, así conjurados, mandaron a todos los demás que estaban con ellos que saliesen del templo; y ellos mismos cerraron todas las puertas del templo y del santuario, y dijeron a Pilato: Nos has conjurado, oh excelente juez, por la edificación de este templo, a manifestarte la verdad y la razón (o un relato verdadero). Después

que hubimos crucificado a Jesús, sin saber que era el Hijo de Dios, sino suponiendo que por algún azar obraba sus maravillas, hicimos una gran asamblea (sinagoga) en este templo; y como conferenciásemos unos con otros acerca de las señales de las poderosas obras que Jesús había hecho, hallamos a muchos testigos de nuestra propia nación que decían haber visto a Jesús vivo después de su pasión, y que había pasado a lo alto del cielo. Además, vimos a dos testigos a quienes Jesús resucitó de entre los muertos, quienes nos declararon muchas cosas maravillosas que Jesús hizo entre los muertos, las cuales tenemos por escrito en nuestras manos. Ahora bien, nuestra costumbre es que cada año, antes de nuestra asamblea, abrimos esta santa Biblia e inquirimos el testimonio de Dios. Y hemos hallado en el primer libro de los Setenta cómo el ángel Miguel habló al tercer hijo de Adán, el primer hombre, acerca de los cinco mil quinientos años en que había de venir el amadísimo Hijo de Dios, es decir, Cristo; y además hemos pensado que acaso este mismo era el Dios de Israel, que dijo a Moisés: Hazte un arca de la alianza de dos codos y medio de largo, y de un codo y medio de ancho, y de un codo y medio de alto. Pues por aquellos cinco codos y medio hemos entendido y conocido la figura del arca de la antigua alianza, porque en cinco mil quinientos años había de venir Jesucristo en el arca de su cuerpo; y hemos hallado que él es el Dios de Israel, es decir, el Hijo de Dios. Pues después de su pasión, nosotros, los principales de los sacerdotes, maravillados por las señales que sucedieron a causa de él, abrimos la Biblia, e indagamos todas las generaciones hasta la generación de José, y de María la madre de Cristo, teniéndola por simiente de David; y hallamos que desde el día en que Dios hizo el cielo y la tierra y al primer hombre, desde ese tiempo hasta el diluvio hay dos mil doscientos doce años; y desde el diluvio hasta la edificación de la torre, quinientos treinta y un años; y desde la edificación de la torre hasta Abraham, seiscientos seis años; y desde Abraham hasta la salida de los hijos de Israel de Egipto, cuatrocientos setenta años; y desde la salida de los hijos de Israel de Egipto hasta la edificación del templo, quinientos once años; y desde la edificación del templo hasta la destrucción del mismo templo, cuatrocientos sesenta y

cuatro años: así, hasta aquí, lo hallamos en la Biblia de Esdras; y averiguando desde el incendio del templo hasta la venida de Cristo y su nacimiento, hallamos que fueron seiscientos treinta y seis años, que juntos sumaban cinco mil quinientos años, tal como lo hallamos escrito en la Biblia que el arcángel Miguel declaró antes a Set, el tercer hijo de Adán, que después de cinco mil quinientos años había de venir (¿debía venir?) Cristo el Hijo de Dios. Hasta ahora no se lo hemos dicho a nadie, no sea que haya cisma en nuestras sinagogas; y ahora, oh excelente juez, nos has conjurado por esta santa Biblia de los testimonios de Dios, y te lo declaramos; y también te hemos conjurado por tu vida y tu salud que no declares estas palabras a hombre alguno en Jerusalén.

XIII (XXIX)

Y Pilato, cuando oyó estas palabras de Anás y Caifás, las guardó todas entre los actos del Señor y Salvador en los libros públicos de su pretorio, y escribió una carta a Claudio, rey de la ciudad de Roma, diciendo:

EL DESCENSO A LOS INFIERNOS. TEXTO GRIEGO

I (XVII)

[La Parte I termina en este texto con palabras de los sacerdotes: Nuestra escritura dice que toda palabra ha de establecerse en boca de dos o tres testigos. José confiesa, pues, que lo atendió y lo sepultó, y que es cierto que ha resucitado.]

(Parte II.) 1 Dice José: ¿Y por qué os maravilláis de que Jesús haya resucitado? Esto no es lo maravilloso; lo maravilloso es que no resucitó solo, sino que resucitó a muchos otros muertos, que se aparecieron en Jerusalén, a muchos. Y si no conocéis a los demás, al menos conocéis a Simeón, que recibió a Jesús, y a sus dos hijos, a quienes él ha resucitado; pues los enterramos hace bien poco, y ahora se ve que sus sepulcros están abiertos y vacíos, y que ellos mismos están vivos y moran en Arimatea. Enviaron entonces hombres, y hallaron sus sepulcros abiertos y vacíos. Dice José: Vayamos a Arimatea y busquémoslos.

2 Entonces se levantaron los sumos sacerdotes Anás y Caifás, y José y Nicodemo y Gamaliel y otros con ellos, y fueron a Arimatea y hallaron a los hombres de quienes José había hablado. Y ofrecieron oración, y se saludaron unos a otros; luego vinieron con ellos a Jerusalén, y los llevaron a la sinagoga, y cerraron bien las puertas, y pusieron el Antiguo Testamento de los judíos, en medio; y los sumos sacerdotes les dijeron: Queremos que juréis por el Dios de Israel y

por Adonai, y que digáis así la verdad, cómo resucitasteis y quién os levantó de entre los muertos.

3 Cuando los hombres que habían resucitado oyeron esto, hicieron sobre sus rostros la señal de la cruz, y dijeron a los sumos sacerdotes: Dadnos papel, tinta y pluma. Y les trajeron estas cosas. Y se sentaron y escribieron así:

II (XVIII)

1 Oh Señor Jesucristo, resurrección y vida del mundo, danos la gracia de contar tu resurrección y las obras maravillosas que hiciste en el infierno (Hades).

Nosotros, pues, estábamos en el infierno junto con todos los que habían dormido desde el principio: y a la hora de medianoche se alzó sobre aquellos lugares oscuros como la luz del sol, y brilló, y todos fuimos iluminados y nos vimos unos a otros. Y al punto nuestro padre Abraham, junto con los patriarcas y los profetas, se llenaron todos a una de gozo, y se dijeron unos a otros: Esta luz viene del gran resplendor. El profeta Isaías, que estaba allí presente, dijo: Esta luz es del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; acerca de la cual profeticé cuando aún vivía, diciendo: La tierra de Zabulón y la tierra de Neftalín, el pueblo que estaba sentado en tinieblas, ha visto una gran luz.

2 Entonces vino hasta el medio otro venido del desierto, un anacoreta (asceta), y los patriarcas le dijeron: ¿Quién eres tú? Y él dijo: Yo soy Juan, el fin de los profetas, que enderezó los caminos del Hijo de Dios y predicó al pueblo el arrepentimiento para la remisión de los pecados.

Y el Hijo de Dios vino a mí, y cuando lo vi de lejos dije al pueblo: He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Y con mis manos lo bauticé en el río Jordán, y vi como una paloma, y al Espíritu Santo descender sobre él, y oí también la voz de Dios Padre, que hablaba así: Este es mi Hijo amado, en quien tengo puesta mi complacencia. Y por esta causa me envió también a vosotros a proclamar que el Hijo unigénito de Dios viene aquí, para que todo el

que crea en él sea salvo, y todo el que no crea en él sea condenado. Por tanto, os digo a todos que, cuando lo veáis, lo adoréis, pues ahora es el único tiempo de arrepentimiento para vosotros, porque adorasteis a los ídolos en el vano mundo de allá arriba, y por los pecados que cometisteis; mas en otro tiempo esto ya no podrá suceder.

III (XIX)

Y mientras Juan enseñaba así a los que estaban en el infierno, Adán, el primero creado, el primer padre, lo oyó también, y dijo a Set, su hijo: Hijo mío, quiero que cuentes a los antepasados del linaje de los hombres, y a los profetas, adónde te envié cuando me acosté para morir. Y Set dijo: Profetas y patriarcas, escuchad: Mi padre Adán, el primero creado, se acostó en cierta ocasión para morir, y me envió a hacer súplica a Dios junto a la puerta del paraíso, para que me llevara por medio de su ángel hasta el árbol de la misericordia, y yo tomara el óleo y ungiera a mi padre, y él se levantara de su enfermedad. Lo cual hice; y después de mi oración vino un ángel del Señor y me dijo: ¿Qué pides, Set? ¿Pides el óleo que resucita a los enfermos, o el árbol del que mana ese óleo, para la enfermedad de tu padre? Esto no puede hallarse en este tiempo. Vete, pues, y di a tu padre que, después de que se cumplan cinco mil quinientos años desde la creación del mundo, el Hijo unigénito de Dios se hará hombre y descenderá a la tierra, y lo ungirá con ese óleo, y él se levantará; y con agua y con el Espíritu Santo lo lavará a él y a los que de él procedan. Y entonces sanará de toda enfermedad; mas ahora no es posible que esto llegue a suceder.

Y cuando los patriarcas y profetas oyeron estas cosas, se alegraron grandemente.

IV (XX)

1 Y mientras todos ellos estaban así gozosos, viene Satanás, el heredero de las tinieblas, y dice al Hades: Oh tú que todo lo devoras y eres insaciable, escucha mis palabras. Hay uno de la raza de los judíos, Jesús, que se llama a sí mismo Hijo de Dios; pero es un

hombre, y por artificio nuestro los judíos lo han crucificado. Y ahora que ha muerto, prepárate para que lo aseguremos aquí. Porque sé que es un hombre, y le he oído decir: Mi alma está sumamente triste, hasta la muerte. Y me ha hecho mucho daño en el mundo de arriba mientras andaba entre los hombres. Pues dondequiera que hallaba a mis siervos, los perseguía, y a cuantos yo había hecho mancos, ciegos, cojos, leprosos, o cosa semejante, él los sanaba con una sola palabra; y a los que yo tenía dispuestos para ser sepultados, también a esos los resucitaba solo con una palabra.

2 Dice el Hades: ¿Y es en verdad tan poderoso que puede hacer tales cosas con una sola palabra? O, si es así, ¿eres tú capaz de resistirlo? Me parece que ningún hombre podrá resistirlo; mas en cuanto a que dices que le has oído temer la muerte, eso lo dijo para engañarte y por burla, queriendo apresarte con mano poderosa: ¡ay ay, ay de ti por siempre! Satanás dice: Oh tú, Hades, que todo lo devoras y eres insaciable, ¿tanto has temido por lo que has oído acerca de nuestro adversario común? Yo no le temí, sino que incité a los judíos, y lo crucificaron y le dieron también a beber hiel mezclada con vinagre. Prepárate, pues, para que, cuando venga, lo retengas firmemente.

3 El Hades respondió: Oh heredero de las tinieblas, hijo de perdición, demonio, tú acabas de decirme que a muchos de los que habías dispuesto para ser sepultados, él los resucitó de nuevo con una sola palabra: ahora bien, si ha librado a muchos de la sepultura, ¿cómo y con qué fuerza podrá ser retenido por nosotros? Yo mismo, hace poco, tragué a cierto muerto llamado Lázaro, y poco después, uno de los vivos, por la fuerza, lo arrancó de mis entrañas con una sola palabra; y pienso que es este de quien hablas. Si, pues, lo recibimos aquí, temo que corramos peligro también en lo demás; pues he tragado a todos los hombres desde el principio: he aquí que los siento inquietos, y me duelen las entrañas, y este Lázaro, que antes me fue arrebatado, no lo tengo por buena señal, porque voló lejos de mí, no como un muerto, sino como un águila, tan al instante lo arrojó fuera la tierra. Por lo cual también te conjuro por tus dones y por los míos, que no me lo traigas a este lugar, pues creo que

viene aquí para resucitar a todos los muertos. Y esto te digo: por las tinieblas de afuera, que si lo traes aquí, no quedará en mí ni uno solo de todos los muertos.

V (XXI)

1 Y mientras Satanás y el Hades hablaban así entre sí, vino una gran voz como de trueno, que decía: Alzad, oh príncipes, vuestras puertas, y alzaos, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria. Cuando el Hades oyó esto, dijo a Satanás: Sal, si eres capaz, y resístele. Y Satanás salió. Entonces dijo el Hades a sus demonios: Aseguraos bien y firmemente las puertas de bronce, y las barras de hierro, y guardad mis cerrojos, y erguíos y estad alerta en todo, pues si él entra aquí, la desgracia se apoderará de nosotros.

2 Cuando los antepasados oyeron esto, comenzaron todos a insultarlo, diciendo: Tú que todo lo devoras y eres insaciable, abre, para que entre el Rey de la gloria. Dijo el profeta David: ¿No sabes, ciego, que cuando vivía yo en el mundo profeticé aquella palabra: Alzad, oh príncipes, vuestras puertas? Dijo Isaías: Esto lo preví por el Espíritu Santo y lo escribí: Los muertos resucitarán, y los que están en los sepulcros despertarán, y los que están en la tierra se regocijarán: y también: ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, oh Hades, tu victoria?

3 Entonces vino de nuevo una voz, que decía: Alzad las puertas. Y cuando el Hades oyó la voz por segunda vez, respondió como si no lo supiera, y dijo: ¿Quién es este Rey de la gloria? Los ángeles del Señor dijeron: El Señor, fuerte y poderoso, el Señor, poderoso en la batalla. Y al punto, a esta palabra, las puertas de bronce se rompieron en pedazos y los cerrojos de hierro se molieron hasta hacerse polvo, y todos los muertos que estaban atados fueron sueltos de sus cadenas, y nosotros con ellos, y el Rey de la gloria entró, en figura de hombre, y todos los lugares tenebrosos del Hades fueron iluminados.

VI (XXII)

1 El Hades clamó al punto: Somos vencidos, ¡ay de nosotros! Mas ¿quién eres tú, que tienes tan gran autoridad y poder? ¿Y qué clase de hombre eres tú, que has venido aquí sin pecado? Tú, que pareces pequeño y puedes hacer grandes cosas, que eres humilde y ensalzado, siervo y señor, soldado y capitán, que ejerces autoridad sobre los muertos y los vivos: fuiste clavado en la cruz, y puesto en el sepulcro, y ahora te has hecho libre y has destruido todo nuestro poder.

¿Eres tú, pues, aquel Jesús de quien nos dijo el príncipe Satanás, que por tu cruz y tu muerte habrías de heredar el mundo entero?

2 Entonces el Rey de la gloria tomó por la cabeza al príncipe Satanás, y lo entregó a los ángeles, diciendo: Atadle con hierros las manos, y los pies, y el cuello, y la boca. Y luego lo entregó al Hades, diciendo: Tómalo y guárdalo con seguridad hasta mi segunda venida.

VII (XXIII)

Entonces el Hades, habiendo tomado a Satanás, le dijo: Oh Belcebú, heredero del fuego y del tormento, adversario de los santos, ¿qué necesidad tenías de procurar que el Rey de la gloria fuese crucificado, para que viniese aquí y nos dejase desnudos? Vuélvete y mira que no queda en mí ni un solo muerto, sino que todo cuanto ganaste por el árbol de la ciencia lo has perdido por el árbol de la cruz, y todo tu gozo se ha convertido en tristeza, y cuando quisiste matar al Rey de la gloria te mataste a ti mismo: porque desde que te he recibido para guardarte con seguridad, tú aprenderás por experiencia qué males he de obrar contra ti. Oh caudillo de los demonios, principio de la muerte y raíz del pecado y fin de todo mal, ¿qué mal hallaste en Jesús para que fueras tras su destrucción? ¿Cómo osaste hacer tan grande maldad? ¿Cómo deseaste traer a un ser semejante a estas tinieblas, por lo cual quedas despojado de todos los que han muerto desde el principio?

VIII (XXIV)

1 Y mientras el Hades hablaba así con Satanás, el Rey de la gloria extendió su diestra y tomó a nuestro primer padre Adán y lo levantó; y luego se volvió hacia los demás y dijo: Venid conmigo todos vosotros, cuantos padecisteis la muerte por el árbol que este tocó. Porque he aquí que yo os resucito a todos de nuevo por el árbol de la cruz. Y dicho esto, los sacó a todos, y nuestro primer padre Adán fue visto lleno de gozo en el alma, y dijo: Doy gracias a tu grandeza, oh Señor, porque me has sacado del más profundo infierno. Asimismo también todos los profetas y los santos dijeron: Te damos gracias, oh Cristo, Salvador del mundo, porque has sacado nuestra vida de la corrupción.

2 Y cuando hubieron dicho esto, el Salvador bendijo a Adán en la frente con la señal de la cruz, y así hizo también a todos los patriarcas y profetas y mártires y antepasados. Y los tomó y saltó fuera del infierno. Y mientras iba, los santos padres cantaban alabanzas, siguiéndolo y diciendo: Bendito el que viene en el nombre del Señor. A él sea la gloria de todos los santos.

IX (XXV)

Fue, pues, al paraíso, teniendo de la mano a nuestro primer padre Adán, y lo entregó, junto con todos los justos, al arcángel Miguel. Y cuando entraban por la puerta del paraíso, salieron a su encuentro dos varones ancianos, a quienes dijeron los santos padres: ¿Quiénes sois vosotros, que no habéis visto la muerte ni habéis descendido al infierno, sino que moráis en el paraíso con vuestros cuerpos y almas? Y uno de ellos respondió y dijo: Yo soy Enoc, que agradé a Dios y fui trasladado aquí por él: y este es Elías el Tisbita: y viviremos hasta el fin del mundo, mas en aquel tiempo seremos enviados por Dios para resistir al Anticristo, y ser muertos por él, y después de tres días resucitar y ser arrebatados en las nubes al encuentro del Señor.

X (XXVI)

Y mientras hablaban así, llegó otro hombre, de aspecto humilde, que llevaba también una cruz sobre su hombro, a quien los santos

padres dijeron: ¿Quién eres tú, que tienes aspecto de ladrón, y qué es esa cruz que llevas sobre tu hombro? Él respondió: Yo, como decís, era un ladrón y un ratero en el mundo, y por ello los judíos me tomaron y me entregaron a la muerte de cruz junto con nuestro Señor Jesucristo. Cuando, pues, colgaba de la cruz, vi las señales que sucedieron, y creí en él y le supliqué y dije: Señor, cuando reines, no te olvides de mí. Y al punto me dijo: En verdad, en verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso.

Vine, pues, llevando mi cruz, al paraíso, y hallé a Miguel el arcángel, y le dije: Nuestro Señor Jesucristo, que fue crucificado, me ha enviado aquí; llévame, pues, a la puerta del Edén. Y cuando la espada de fuego vio la señal de la cruz, se abrió para mí, y entré. Entonces me dijo el arcángel: Aguarda un poco, pues Adán, el primer padre del género humano viene con los justos, para que también ellos entren. Y ahora, habiéndoois visto, he venido a vuestro encuentro. Y cuando los santos oyeron estas cosas, clamaron a gran voz, diciendo: Grande es nuestro Señor, y grande es su poder.

XI (XXVII)

Todas estas cosas vimos y oímos, nosotros los dos hermanos que también fuimos enviados por el arcángel Miguel y designados para proclamar la resurrección del Señor, pero primero para ir al Jordán y ser bautizados; adonde también fuimos y fuimos bautizados, juntamente con los otros muertos que habían resucitado. Después fuimos también a Jerusalén y cumplimos la pascua de la resurrección; mas ahora partimos, porque no podemos permanecer en este lugar. Y el amor de Dios el Padre, y la gracia de nuestro Señor Jesucristo, y <la comunión> del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén.

Cuando hubieron así escrito y cerrado los libros, dieron la mitad a los sumos sacerdotes y la otra mitad a José y Nicodemo; y ellos mismos desaparecieron de repente.

A la gloria de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

EL DESCENSO A LOS INFIERNOS. TEXTO LATINO

B

I (XVII)

1 Entonces el rabí Adas, el rabí Fineés y el rabí Ageo, los tres hombres que habían venido de Galilea testificando que habían visto a Jesús ser llevado arriba a los cielos, se levantaron en medio de la multitud de los principales de los judíos, y dijeron ante los sacerdotes y los levitas que estaban reunidos en el consejo del Señor: Cuando veníamos de Galilea hacia el Jordán, nos salió al encuentro una gran multitud de hombres vestidos de blanco que habían muerto tiempo atrás. Entre ellos vimos que estaban presentes Carino y Leucio; y se acercaron a nosotros, y nos besamos unos a otros, porque eran amigos queridos nuestros, y les preguntamos, diciendo: Decidnos, amigos y hermanos, ¿qué es esta alma y esta carne? ¿Y quiénes son estos con quienes vais? ¿Y cómo es que vosotros, que estabais muertos, permanecéis en el cuerpo?

2 Y ellos respondieron y dijeron: Nosotros resucitamos con Cristo desde el infierno, y él nos levantó de entre los muertos. Y por esto podéis saber que las puertas de la muerte y de las tinieblas están destruidas, y que las almas de los santos han sido sacadas de allí y han ascendido a los cielos con Cristo el Señor. Pero también se nos ha mandado, por el Señor mismo, que por un tiempo determinado anduviéramos por las riberas del Jordán y por los montes, sin ser vistos de todos los hombres ni hablar con todos, sino solo con aquellos con quienes a él le placiera. Y aun ahora no habríamos

podido hablaros ni ser vistos por vosotros si no nos lo hubiera permitido el Espíritu Santo.

3 Y cuando toda la multitud que estaba presente en el consejo oyó estas cosas, quedó herida de temor y de temblor, y se maravillaba, diciendo: ¿Han sucedido en verdad estas cosas que testifican estos hombres de Galilea? Entonces Caifás y Anás dijeron al consejo: Ahora se aclarará todo lo que estos han testificado, tanto lo primero como lo último: si se halla que es verdad que Carino y Leucio permanecen vivos en el cuerpo, y si podemos verlos con nuestros propios ojos, entonces es verdad en todo lo que estos testifican; y si los hallamos, ellos nos darán certeza de todo; mas si no, sabréis que todo son informes mentirosos.

4 Entonces tomaron consejo con presteza, y les pareció bien escoger hombres idóneos, temerosos de Dios, que supieran cuándo habían muerto aquellos hombres y en qué sepulcro habían sido enterrados, y que indagaran con diligencia para ver si era así como habían oído. Fueron, pues, al lugar quince hombres que habían estado presentes durante todo su tránsito, y que se habían mantenido en pie en el lugar donde fueron sepultados, y habían visto sus sepulcros. Y estos vinieron y hallaron sus sepulcros, y otros muchos, abiertos, y no hallaron ningún rastro de sus huesos ni de su polvo; y regresaron con toda prisa e informaron de lo que habían visto.

5 Entonces toda su sinagoga se turbó con gran tristeza, y se decían unos a otros: ¿Qué haremos? Anás y Caifás dijeron: Enviemos al lugar donde hemos oído dónde están, y enviémosles hombres de la mejor condición, que les rueguen y supliquen: quizá se dignen venir a nosotros. Entonces les enviaron a Nicodemo y a José, y a los tres hombres, los rabinos de Galilea que los habían visto, rogándoles que se dignaran venir a ellos. Y estos fueron y anduvieron por toda la región del Jordán y de los montes, y no los hallaron, y regresaron de nuevo.

6 Y he aquí que de repente apareció, bajando del monte Amalec, una multitud grandísima, de unos doce mil hombres, que habían

resucitado con el Señor. Y aunque aquellos hombres reconocieron a muchos en aquel lugar, no pudieron decirles palabra alguna a causa de su temor y de la visión de los ángeles; y se quedaron a lo lejos, contemplándolos y escuchándolos, cómo iban cantando y diciendo: El Señor ha resucitado de entre los muertos, como dijo; alegrémonos todos y regocijémonos, porque reina para siempre.

Entonces los que habían sido enviados quedaron atónitos y cayeron a tierra de temor; y fueron advertidos por un ángel del Señor, que los levantó de la tierra, de que debían buscar a Carino y a Leucio en su propia casa.

7 Se levantaron entonces y fueron a su casa, y los hallaron entregados a la oración; y entrando donde ellos, cayeron rostro en tierra y los saludaron, y se levantaron y dijeron: Oh amigos de Dios, toda la multitud de los judíos nos ha enviado a vosotros, porque han oído que habéis resucitado de entre los muertos, rogándoos y suplicándoos que vengáis a ellos, para que todos conozcamos las obras maravillosas de Dios que se han obrado sobre nosotros (¿o sobre vosotros?) en nuestros días. Y ellos se levantaron de inmediato por mandato de Dios y fueron con ellos, y entraron en su sinagoga. Y cuando los príncipes de los sacerdotes los vieron, se turbaron grandemente, y el temblor se apoderó de ellos; y finalmente Anás y Caifás tomaron los libros de la ley de Dios y los pusieron en sus manos, y los conjuraron por el Dios Heloi y el Dios Adonai, y por la ley y los profetas, diciendo: Decidnos cómo resucitasteis de entre los muertos, y qué son estas maravillas que se han obrado en nuestros días, tales como nunca hemos oído que se hicieran en tiempo alguno; porque ahora todos nuestros huesos están confundidos y resecos de temor, y la tierra se mueve bajo nuestros pies; porque en verdad hemos unido todos nuestros corazones para derramar sangre justa y santa.

8 Entonces Carino y Leucio les hicieron señas con las manos para que les dieran un rollo de papel y tinta; y esto lo hicieron porque el Espíritu Santo no les permitía hablar con ellos. Y les dieron papel a cada uno, y los separaron el uno del otro en cámaras (celdas)

distintas. Y ellos, haciendo con sus dedos la señal de la cruz de Cristo, comenzaron a escribir cada uno su rollo; y cuando hubieron terminado, exclamaron, como con una sola voz, desde sus respectivas cámaras: Amén. Y Carino se levantó y entregó su papel a Anás, y Leucio a Caifás, y se saludaron unos a otros, y salieron y regresaron a sus sepulcros.

9 Entonces Anás y Caifás abrieron el rollo de papel y comenzaron cada uno a leer en privado para sí. Pero todo el pueblo lo tomó a mal, y se alzó un clamor de todos ellos: Leednos estos escritos abiertamente; y cuando hayan sido leídos, los guardaremos, para que esta verdad de Dios no sea desviada, cegando nuestros ojos, hacia el engaño por hombres impuros y engañosos. Y entonces Anás y Caifás, sobrecogidos de temblor, entregaron el rollo de papel al rabí Adas, al rabí Fineés y al rabí Ageo, que habían venido de Galilea y habían declarado que Jesús había sido llevado arriba a los cielos; y a ellos dio crédito toda la multitud de los judíos para que leyeran este escrito. Y leyeron el papel, en el cual estaba contenido lo que sigue.

II (XVIII)

1 Yo, Carino. Oh Señor Jesucristo, hijo del Dios vivo, permíteme hablar de tus obras maravillosas que hiciste en el infierno.

Cuando, pues, estábamos retenidos en el infierno, en las tinieblas y en la sombra de la muerte, de repente brilló sobre nosotros una gran luz, y el infierno tembló, y las puertas de la muerte. Y se oyó la voz del Hijo del Padre altísimo, como la voz de un gran trueno, y proclamó en alta voz y comenzó: Retirad, oh príncipes, vuestras puertas, quitad vuestras puertas eternas: Cristo el Señor, el rey de la gloria, se acerca para entrar.

2 Entonces vino Satanás, el príncipe de la muerte, huyendo de temor, y dijo a sus ministros y a todos los infiernos: Oh ministros míos y todos los infiernos, reuníos, y cerrad vuestras puertas, poned los cerrojos de hierro, y combatid con valor y resistid, para que nosotros, que los tenemos cautivos, no seamos hechos prisioneros

en cadenas. Entonces todos sus malvados ministros se turbaron, y comenzaron a cerrar las puertas de la muerte con toda diligencia, y a cerrar poco a poco los cerrojos y las barras de hierro, y a empuñar firmemente todos sus instrumentos, y a proferir aullidos con voz espantosa y horrenda.

III (XIX)

1 Entonces dijo Satanás al Hades: Disponte a recibir a aquel que voy a traerte. A esto respondió el Hades a Satanás así: Esta voz no fue sino el clamor del Hijo del Padre altísimo, que hizo temblar así a la tierra y a todos los lugares del infierno; por lo cual pienso que yo y todas mis cadenas estamos ya abiertos de par en par. Pero te conjuro, oh Satanás, cabeza de toda maldad, por tu poder y por el mío, que no me lo traigas, no sea que, cuando quisiéramos prenderlo, quedemos nosotros cautivos de él.

Porque si tan solo con su voz ha sido así derribado todo mi poder, ¿qué piensas que hará cuando su presencia llegue hasta nosotros?

2 A quien Satanás, príncipe de la muerte, respondió así: ¿Por qué mantienes ese clamor? No temas, amigo mío de antiguo, oh el más malvado: pues yo excité contra él al pueblo de los judíos, y mandé que fuera herido con bofetadas, y tramé contra él la traición de su discípulo; y es un hombre que teme grandemente la muerte, pues dijo en su temor: Mi alma está triste hasta la muerte; y, sin embargo, a la muerte lo he llevado, pues ahora cuelga levantado en una cruz.

3 Entonces dice el Hades: Si es él quien, con la sola palabra de su mandato, hizo que Lázaro, que llevaba cuatro días muerto, volara fuera de mi seno como un águila, entonces no es hombre en su humanidad, sino Dios en su majestad. Te ruego que no me lo traigas. Satanás le dice: Sin embargo, disponte, no temas, pues ya cuelga de una cruz, y no puedo hacer otra cosa. Entonces habló así el Hades a Satanás: Si, pues, no puedes hacer otra cosa, he aquí que tu destrucción se acerca, y yo al fin seré derribado y quedará sin honor; mas tú serás atormentado bajo mi dominio.

IV (XX)

1 Y los santos de Dios oyeron la disputa entre Satanás y el Hades; mas todavía no se conocían entre sí, aunque estaban a punto de conocerse. Pero nuestro santo padre Adán respondió así a Satanás: Oh príncipe de la muerte, ¿por qué temes y tiembblas? He aquí que viene el Señor, que destruirá todas tus criaturas, y serás tomado cautivo por él y atado por los siglos de los siglos.

2 Entonces todos los santos, al oír la voz de nuestro padre Adán, y cuán valerosamente había respondido a Satanás, se alegraron y se consolaron; y todos ellos corrieron juntos hacia el padre Adán y se congregaron en torno a él en aquel lugar. Entonces nuestro padre Adán, mirando atentamente a toda aquella multitud, se maravillaba de si todos habían nacido de él para el mundo. Y abrazó a los que estaban cerca a su alrededor, y derramó lágrimas sumamente amargas, y habló a Set, su hijo: Declara, hijo mío Set, a los santos patriarcas y profetas lo que te dijo el guardián del paraíso cuando te envié a traerme del mismo óleo de la misericordia, para que ungieras mi cuerpo cuando estuve enfermo.

3 Entonces él respondió: Yo, cuando me enviaste ante las puertas del paraíso, oré y supliqué al Señor con lágrimas, e invoqué al guardián del paraíso para que me lo diera. Entonces salió Miguel el arcángel y me dijo: Set, ¿por qué te lamentas? Sabe de antemano que tu padre Adán no recibirá ahora este óleo de misericordia, sino después de muchas generaciones del mundo. Porque el muy amado Hijo de Dios descenderá del cielo al mundo y será bautizado por Juan en el río Jordán; y entonces tu padre Adán recibirá este óleo de misericordia, y todos los que crean en él; y el reino de los que hayan creído en él perdurará por los siglos de los siglos.

V (XXI)

1 Entonces todos los santos, al oír estas cosas, se alegraron de nuevo con gran gozo, y uno de los que estaban presentes, llamado Isaías, proclamó a gran voz, diciendo: Padre Adán y todos vosotros que estáis presentes, escuchad mis palabras. Cuando yo estaba en

la tierra, y el Espíritu Santo me enseñaba, canté en profecía acerca de esta luz, diciendo: El pueblo que estaba sentado en tinieblas ha visto una gran luz; a los que moran en la tierra de sombra de muerte les ha resplandecido la luz. Y a su palabra, el padre Adán y todos ellos se volvieron hacia él y le preguntaron: ¿Quién eres tú? Porque lo que dices es verdad. Y él respondió y dijo: Me llamo Isaías.

2 Entonces apareció junto a él otro, como morador del desierto, y le preguntaron y dijeron: ¿Quién eres tú, que llevas en tu cuerpo tales señales? Y él respondió con firmeza: Yo soy Juan el Bautista, la voz y el profeta del Altísimo. Fui delante de la faz de ese mismo Señor para hacer los caminos desiertos y ásperos en sendas llanas. Mostré con mi dedo a los de Jerusalén el Cordero del Señor y el Hijo de Dios, y lo glorifiqué. Lo bauticé en el río Jordán. Oí la voz del Padre desde el cielo, que tronaba sobre él y proclamaba: Este es mi Hijo amado, en quien tengo puesta mi complacencia. He recibido de él la respuesta de que él mismo descendería al infierno.

Entonces el padre Adán, al oír esto, clamó a gran voz, y gritó una y otra vez: Aleluya, que, interpretado, significa: El Señor viene.

VI (XXII)

1 Después de esto, otro que estaba presente, y que iba adornado como con las insignias de un emperador, llamado David, clamó así y dijo: Cuando yo estaba en la tierra, revelé al pueblo acerca de la misericordia de Dios y de su visitación, y profeticé cosas gozosas que habían de venir por todos los siglos, diciendo: Den gracias al Señor, por sus misericordias, y por sus maravillas para con los hijos de los hombres. Pues quebrantó las puertas de bronce y rompió en pedazos las barras de hierro.

Entonces los santos patriarcas y profetas comenzaron a reconocerse unos a otros, y cada uno de ellos a pronunciar palabras de sus propias profecías. Entonces el santo Jeremías, mirando sus profecías, dijo a los patriarcas y profetas: Cuando yo estaba en la tierra profeticé acerca del Hijo de Dios, diciendo que sería visto sobre la tierra y conversaría entre los hombres.

2 Entonces todos los santos, alegrándose en la luz del Señor y a la vista de su padre Adán, y por la respuesta de todos los patriarcas y profetas, clamaron diciendo: Aleluya, bendito el que viene en el nombre del Señor. De modo que, al clamor de ellos, Satanás tuvo miedo, y buscó modo de huir, y no pudo, pues el Hades y sus ministros lo tenían atado en el infierno y cercado por todas partes. Y le dijeron: ¿Por qué temes? De ningún modo permitiremos que salgas de aquí; antes bien, debes recibir estas cosas según eres digno de ellas, de manos de aquel contra quien luchabas cada día; y si no, sabe que serás atado por él y entregado a mi custodia para siempre.

VII (XXIII)

1 Y de nuevo vino la voz del Hijo del Padre altísimo, como voz de un gran trueno, que decía: Alzad, oh príncipes, vuestras puertas, y alzaos, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria. Entonces Satanás y el Hades clamaron, diciendo: ¿Quién es este Rey de la gloria? Y les fue respondido por la voz del Señor: El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla.

2 Después de aquella voz llegó hasta nosotros un hombre cuyo aspecto era como el de un ladrón, que llevaba una cruz sobre su hombro, y clamó desde fuera y dijo: Abridme, que quiero entrar. Y Satanás le abrió la puerta un poco y lo llevó dentro, en la casa, y cerró la puerta tras de sí. Y todos los santos lo vieron, que resplandecía, y le dijeron al punto: Tu apariencia es la de un ladrón: muéstranos, qué es eso que llevas a la espalda. Y él respondió humildemente y dijo: En verdad, yo fui enteramente un ladrón, y los judíos me colgaron de una cruz junto con mi Señor Jesucristo, el Hijo del Padre altísimo. Y al fin he venido aquí antes que él; mas él mismo viene inmediatamente detrás de mí.

3 Entonces se encendió la ira del santo David contra Satanás, y clamó en alta voz: Abre, tú, el más inmundo, tus puertas, para que entre el Rey de la gloria. Asimismo también todos los santos de Dios se levantaron contra Satanás, y habrían querido echarle mano y repartirlo entre ellos.

Y de nuevo hubo un clamor fuera: Alzad, oh príncipes, vuestras puertas, y alzaos, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria. Y de nuevo, a aquella voz clara, el Hades y Satanás preguntaron, diciendo: ¿Quién es este Rey de la gloria? Y les fue dicho por aquella voz maravillosa: El Señor de los ejércitos, él es el Rey de la gloria.

VIII (XXIV)

Y he aquí que de repente el infierno tembló, y las puertas de la muerte y los cerrojos se rompieron en menudos pedazos, y los cerrojos de hierro se quebraron y cayeron a tierra, y todo quedó abierto. Y Satanás permaneció en medio, puesto en confusión y derribado, y atado con un grillete en torno a los pies. Y he aquí que el Señor Jesucristo venía en la gloria de la luz de las alturas, con mansedumbre, grande y a la vez humilde, llevando en sus manos una cadena, con la cual ató el cuello de Satanás, y también, atándole las manos a la espalda, lo arrojó de espaldas al Tártaro, y puso su santo pie sobre su garganta, y dijo: Por todos los siglos has hecho mucho mal, y nunca has estado quieto en tiempo alguno. Hoy te entrego al fuego eterno. Y llamó al punto al Hades, y le dio mandamiento, diciendo: Toma a este malvado y perverso, y tenlo bajo tu custodia hasta aquel día en que yo te lo mande. Y lo tomó de bajo los pies del Señor, y fue arrojado juntamente con él a la profundidad del pozo sin fondo.

IX (XXV)

1 Entonces el Señor Jesús, Salvador de todos los hombres, compasivo y clementísimo, saludó a Adán con bondad, diciéndole: Paz sea contigo, Adán, y con todos tus hijos, por los siglos eternos. Amén. Entonces el padre Adán se echó a los pies del Señor, y se levantó y besó sus manos, y derramó abundantes lágrimas, diciendo: He aquí las manos que me formaron: dando testimonio ante todos. Y dijo al Señor: Tú has venido, oh Rey de la gloria, a libertar a los hombres y a congregarlos en tu reino eterno. Entonces también nuestra madre Eva, del mismo modo, se echó a los pies del Señor, y se levantó y besó sus manos, y derramó lágrimas

abundantemente, y dijo: He aquí las manos que me formaron: dando testimonio ante todos.

2 Entonces todos los santos, adorándolo, clamaron, diciendo: Bendito el que viene en el nombre del Señor: Dios, el Señor, nos ha mostrado luz. Amén por todos los siglos. Aleluya, por los siglos de los siglos: alabanza, honor, poder y gloria, porque has venido de lo alto a visitarnos. Y se congregaron bajo las manos del Señor, cantando siempre Aleluya, y regocijándose juntos en la gloria. Entonces el Salvador recorrió todo el infierno y lo mordió (var. el infierno estaba afligido), pues arrojó una parte al Tártaro, y otra parte se la llevó consigo a lo alto.

X (XXVI)

Entonces todos los santos de Dios suplicaron al Señor que dejase la señal de la victoria —es decir, la santa cruz— en el infierno, para que sus perversos ministros no pudiesen retener a ninguno de los acusados a quienes el Señor había absuelto. Y así se hizo, y el Señor puso su cruz en medio del infierno, la cual es la señal de la victoria; y allí permanecerá para siempre.

Entonces todos nosotros salimos de allí con el Señor, y dejamos a Satanás y al Hades en el Tártaro.

Mas a nosotros y a otros muchos nos fue mandado que resucitásemos con nuestros cuerpos, y diésemos testimonio en el mundo de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo, y de las cosas que se hicieron en el infierno.

Estas son las cosas, amados hermanos, que hemos visto, y que atestiguamos conjurados por vosotros, como da testimonio el que murió por nosotros y resucitó. Pues así como está escrito, así se cumplió en todo punto.

XI (XXVII)

Mas cuando el papel fue leído por entero, todos los que lo oyeron cayeron sobre sus rostros llorando amargamente y golpeándose fuertemente el pecho, clamando y diciendo: ¡Ay de nosotros! ¿Por

qué nos sucede esto a nosotros, hombres miserables? Pilato huyó, Anás y Caifás huyeron, los sacerdotes y los levitas huyeron, y todo el pueblo de los judíos además, lamentándose y diciendo: ¡Ay de nosotros, hombres desdichados; hemos derramado sangre inocente sobre la tierra!

Por tanto, durante tres días y tres noches no probaron en absoluto ni pan ni agua, ni tampoco volvió ninguno de ellos a la sinagoga. Mas al tercer día el concilio se reunió de nuevo, y se leyó el otro papel, a saber, el de Leucio, y no se halló en él ni más ni menos, ni siquiera en una letra, de lo que contenía el escrito de Carino.

Entonces la sinagoga se turbó, y todos ellos se lamentaron durante cuarenta días y cuarenta noches, esperando la muerte de mano de Dios y la venganza de Dios. Mas el Dios altísimo, que es misericordioso y compasivo, no los destruyó de inmediato, sino que les dio libremente un lugar de arrepentimiento; pero no fueron hallados dignos de convertirse al Señor.

Estos son los testimonios, amados hermanos, de Carino y Leucio, acerca de Cristo el Hijo de Dios y sus santos actos en el infierno; a quien demos todos alabanza y gloria por los siglos sin fin. Amén.

EPÍSTOLA DE PILATO A CLAUDIO

[La siguiente Epístola o Informe de Pilato se inserta en griego en los tardíos Hechos de Pedro y Pablo (§ 40) y en la Pasión de Pedro y Pablo del Pseudo-Marcelo (§19). Lo tenemos, pues, en griego y en latín, y aquí se toma el griego como base de la versión.]

Poncio Pilato a Claudio, salud.

Aconteció hace poco un suceso que yo mismo saqué a la luz (o puse a prueba): pues los judíos, por envidia, se han castigado a sí mismos y a su posteridad con temibles juicios por su propia culpa; porque, siendo así que sus padres tenían promesas (otros: les habían anunciado) de que su Dios les enviaría desde el cielo a su santo, que con razón habría de llamarse su rey, y prometió que lo enviaría a la tierra por medio de una virgen; este, pues (o este Dios de los hebreos, entonces), vino cuando yo era gobernador de Judea, y lo vieron dar vista a los ciegos, limpiar a los leprosos, sanar a los paralíticos, expulsar a los demonios de los hombres, resucitar a los muertos, reprender a los vientos, andar sobre las olas del mar a pie enjuto, y hacer otras muchas maravillas, y todo el pueblo de los judíos lo llamaba el Hijo de Dios; los principales sacerdotes, pues, movidos de envidia contra él, lo tomaron y me lo entregaron, y trajeron contra él una falsa acusación tras otra, diciendo que era un hechicero y que hacía cosas contrarias a su ley.

Mas yo, creyendo que estas cosas eran así, después de azotarlo, lo entregué a su voluntad; y lo crucificaron, y cuando fue sepultado pusieron guardias sobre él. Mas mientras mis soldados lo vigilaban,

resucitó al tercer día; y con todo, tan encendida estaba la malicia de los judíos que dieron dinero a los soldados, diciendo: Decid que sus discípulos robaron su cuerpo. Mas ellos, aunque tomaron el dinero, no pudieron callar lo que había sucedido, pues también han testificado que lo vieron resucitado y que recibieron dinero de los judíos. Y he informado de estas cosas <a tu majestad> por esta causa, no sea que algún otro te mienta (lat. no sea que alguno mienta de otro modo) y juzgues bien creer los falsos relatos de los judíos.

NARRACIONES COPTAS DEL MINISTERIO Y DE LA PASIÓN

Hay una gran masa de fragmentos en copto (sahídico), unos relativos al ministerio de nuestro Señor y otros a su pasión, que requieren aquí alguna noticia.

Las mayores colecciones de ellos (paso por alto publicaciones anteriores, como las de Zoega y Dulaurier) se hallan en los *Coptic Apocryphal Gospels* de Forbes Robinson, los *Apocryphes Coptes* de E. Revillout, I (*Patrologia Orientalis* II. 2), y los *Fragments d'Apocryphes Coptes* de P. Lacau (*Mémoires de l'Institut Français d'Archéologie Orientale du Caire*, 1904).

Los fragmentos relativos a la vida de Cristo antes de la pasión no se atribuyen con certeza a ningún autor. Están en su mayoría en forma homilética: el escritor se dirige de cuando en cuando a sus lectores o a su congregación, directamente, y no pocas veces hace mención expresa de los evangelios.

En un pasaje que Forbes Robinson, con humor, hace servir de lema a su volumen, leemos: «Pero alguien me dirá: ¿Añades, pues, un suplemento a los evangelios? Que ese amado escuche con atención y...», y ahí termina el fragmento. Cualquiera que fuese su defensa o explicación, lo cierto es que añade un buen número de suplementos a los evangelios. Parece probable (a juzgar por la analogía de otros documentos coptos) que se hiciese pasar, si no por un apóstol, sí por un discípulo de los apóstoles. Los nombres de Evodio de Antioquía y de Gamaliel se hallan adscritos a escritos

semejantes. Sería bien propio de tal persona presuponer la existencia de los evangelios canónicos, y pretender ofrecer información que no se hallaba en ellos.

Es concebible que parte de la materia narrativa de estos fragmentos proceda de libros anteriores; pero los fragmentos mismos no pueden, a mi juicio, ser anteriores al siglo quinto.

No se traducirán aquí por entero, pero se dará una lista, con una breve descripción de su contenido.

1. Robinson, p. 162. Nacimiento e infancia de Juan el Bautista. Nacimiento de Cristo. Su estrella en forma de rueda, su figura como una cruz, con letras en ella: Este es Jesús, el Hijo de Dios. Los magos la ven y vienen a Herodes.

2. Robinson, p. 163. Las bodas de Caná. Falta el vino; los padres del novio se quejan a María, que es hermana suya, y le piden que se acerque a Cristo. Ella lo hace. Él manda que se llenen las tinajas de agua. Nosotros (los sirvientes) nos apresuramos y las llenamos.

Esto, pues, pertenece a un relato escrito por un testigo ocular.

3. Revillout n.º 1.

Herodes acusa a Filipo ante Tiberio.

Tiberio le manda confiscar todos los bienes de Filipo.

Herodes así lo hace: Filipo no sabe la razón.

4. Revillout n.º 2. Robinson, p. 168.

Este es uno de los más extensos de los fragmentos. Comienza con un pasaje dirigido a los oyentes, y cita a Juan el Evangelista sobre la multiplicación de los cinco mil: la historia se completa con diálogo, y cuenta cómo Judas fue el último en recibir el pan y «no tuvo herencia» en él. Tomás dice entonces que desea ver el poder de Cristo mostrado en la resurrección de los muertos desde sus sepulcros, no solo desde el féretro, como en Naín. Jesús responde con un largo y retórico discurso de muchas cláusulas, que comienza: «Ven conmigo, Dídimos, a la tumba de Lázaro». Luego se narra la

resurrección de Lázaro, y el resucitado dice que cuando la voz «¡Lázaro, sal fuera!» sonó en el Amente (el Hades), Adán la conoció y dio testimonio de ella.

Oímos después hablar de cierto Cario, oficial romano encargado de vigilar las tierras confiscadas de Filipo (véase el fragmento 3). Vino a ver a Jesús y relató sus poderosas obras a Herodes, diciendo que debía ser hecho rey. Herodes amenazó de muerte a cualquiera que consintiese en ello. Anás y Caifás fueron a Cario y acusaron a Jesús: que es un mago, que nació de fornicación, que quebranta el sábadó, que ha abolido la sinagoga de los judíos. José y Nicodemo se opusieron a ellos.

(Aquí termina el texto de Robinson: el de Revillout (p. 145) continúa sin interrupción.)

Herodes echó a José y Nicodemo en la cárcel. Cario amenazó a los judíos con la destrucción si les sobrevenía algún mal. Entonces Herodes obtuvo una libra de oro de cada uno de los principales de los judíos, y sobornó con ella a Cario para que no se lo dijese a Tiberio. Y Cario guardó silencio.

José escapó a Arimatea.

Cario envió al apóstol Juan a Tiberio para contarle acerca de Jesús, y el emperador lo honró, y escribió que Jesús debía ser hecho rey; y, como dice el evangelio (Juan 6, 15), Jesús se retiró solo a un monte.

Después de esto convocó a los apóstoles; y ahora tenemos una extensa bendición de Pedro en el monte, al final de la cual Pedro ve abrirse los siete cielos, y la Trinidad. Todos los ejércitos del cielo, y hasta las mismas piedras del monte, claman el trisagio a Pedro.

5. Revillout n.º 4, p. 151. Robinson, p. 176.

Jesús consuela a los apóstoles en el monte. Los mensajeros de Teófilo vienen a buscarlo para hacerlo rey. «Mi reino no es de este mundo».

Las «autoridades» de Tiberio prevalecieron por segunda vez respecto de Jesús, también ante Pilato, para recomendar que se hiciese rey a Jesús. Pilato defendió el plan con firmeza. Herodes, que estaba allí, lo insultó: «¡Eres un galileo, extranjero, egipcio, del Ponto!». Había enemistad entre Pilato y Herodes, y Herodes sobornó a las autoridades romanas y calumnió a Jesús.

Discurso de Jesús a los apóstoles, que termina: «Vámonos de aquí, porque Herodes me busca para matarme».

Bajaron del monte y se encontraron con el diablo en forma de pescador, con demonios a su servicio que llevaban redes y anzuelos, etc.: y echaron sus redes y anzuelos en el monte. Los apóstoles preguntaron a Jesús sobre esto: Juan, Felipe y Andrés, en particular. Juan fue enviado a hablar con el diablo y a preguntarle qué estaba pescando. El diablo dijo: «No es maravilla pescar peces en las aguas: la maravilla está en este desierto, en pescar allí». Echó sus redes y capturó toda clase de peces (en realidad, hombres), a unos por los ojos, a otros por los labios, etc.

(Sigue aquí un fragmento que solo da Lacau, p. 108.) Jesús mandó a Juan decir al diablo que echase sus redes de nuevo. Así lo hizo, y se levantó un gran humo, y el poder del diablo desapareció. Juan le arrojó una piedra, y el diablo huyó, maldiciendo. Bartolomé pidió entonces que se le permitiese ver «a aquel a quien creaste para reírte de él» (Leviatán), y Jesús dijo que la visión era casi demasiado terrible para ojos humanos; pero la petición fue concedida. Una nube —la de la Transfiguración— apareció en el cielo.

(Aquí termina la pieza.)

Y aquí colocaría Revillout unas pocas líneas que llama n.º 4 bis (p. 189), que parafrasean Juan 7, 8-11, acerca de que Jesús se niega al principio a ir a la fiesta, y luego va en secreto. El único detalle digno de nota es que (en Jerusalén) Jesús se hospeda en casa de Irmeel.

Tenemos a continuación un grupo de piezas relativas a la pasión.

Colocamos primero dos fragmentos relativos a Judas y a su esposa.

6. Revillout n.º 5, p. 156.

Cierto narrador cuenta cómo Judas solía llevar a casa, a su esposa, sus ganancias mal habidas: a veces la engañaba y se las quitaba, y entonces ella se burlaba de él.

Ella le aconsejó traicionar a su Maestro.

Él la escuchó como Adán escuchó a Eva, y fue y pactó con los judíos. Se cumplió la profecía (Zac.).

Llevó el dinero a su esposa: le dijo a ella...

7. Lacau, p. 34. Revillout, Supl. 1, p. 195.

Judas recibió las treinta piezas.

Su esposa era nodriza del hijo de José de Arimatea, que tenía siete meses. Cuando el dinero fue traído a la casa, el niño (cayó enfermo, o no dejaba de llorar). Llamaron a José: el niño clamaba, rogándole que lo alejase «de esta bestia maligna, pues ayer, a la hora nona, recibieron el precio (de sangre)». José se llevó al niño.

Judas fue a los sacerdotes. Prendieron a Jesús y lo llevaron ante Pilato... Fue coronado de espinas y crucificado, y dijo: Padre, perdónalos.

Compárese con esto el Evangelio de Bartolomé, IV, 44.

8. Revillout n.º 6, p. 157. Lacau, p. 33.

Jesús y los apóstoles a la mesa. La mesa giraba por sí sola, después de que Jesús tomase de un plato, para presentarlo a cada apóstol.

Matías puso en la mesa un plato en el que había un gallo, y contó a Jesús cómo, mientras lo mataba, los judíos decían: «La sangre de vuestro maestro será derramada como la de este gallo». Jesús sonrió y respondió que era verdad; y, tras algunas palabras más,

mandó al gallo que volviese a la vida y echase a volar, y «anunciase el día en que me entregarían». Y así lo hizo.

No estará de más aquí una referencia al «Libro del Gallo» etíope, que se lee en la Iglesia abisinia el Jueves Santo. Ha sido traducido por Marius Chaine, en la *Revue Sémitique*, 1905, p. 276.

El contenido es el siguiente:

Después de estas cosas, Acrosina, la esposa de Simón el fariseo, trajo un gallo cortado con un cuchillo, lo puso en un plato magnífico y lo colocó en la mesa ante nuestro Señor. Jesús dijo: «Mi hora está cerca». Bendijo el pan y se lo dio a Judas. Satanás entró en él y salió, sin haber recibido la bendición de Jesús.

Jesús tocó al gallo muerto y este se puso en pie entero. Le mandó seguir a Judas y ver lo que hacía, y volver a contarle: lo dotó de habla humana. Siguió a Judas hasta su casa: su esposa lo instó a traicionar a Jesús. Fue al templo. Se refiere el diálogo con los judíos, y Pablo de Tarso, «hijo de Josué Almasón, hijo de Cadafana», hombre rudo, dice: «Ahora tú, entrégamelo sin falta».

El gallo volvió a Betania, y se sentó ante Jesús y lloró amargamente, y contó toda la historia. Los discípulos lloraron. Jesús despidió al gallo para que subiese al cielo por espacio de mil años.

Los fragmentos 7 y 8 pertenecen muy probablemente al comienzo del Libro de Bartolomé, del que se tratará más adelante. Ciertamente así ocurre con Revillout n.º 12, p. 165 (Lacau 3, p. 34), que narra la muerte de Ananías.

9. Revillout n.º 10, p. 161. Un diálogo entre Cristo y Pilato, ampliado a partir del de san Juan.

A título de curiosidad puede mencionarse aquí otra narración etíope de la pasión. Se registra en el catálogo de Dillmann de los manuscritos etíopes del Museo Británico (n.º 40, Add. 16.254) bajo el nombre de Liber Vivificans (Dirsan Mahyawī), y contiene la historia de la pasión escrita por los evangelistas y por tres vírgenes, Berzeda, Matilde e Isabel, a quienes el Señor reveló su pasión. Otra copia, al

parecer, se halla en el manuscrito D'Abbadie 29. Las «tres vírgenes» son evidentemente santa Brígida de Suecia (siglo catorce), santa Matilde (siglo doce o trece) y santa Isabel de Schönaue (siglo doce), todas las cuales tuvieron revelaciones acerca de la pasión. Sería curioso e interesante averiguar cómo llegaron sus escritos hasta Abisinia.

10. Revillout n.º 11, p. 163. Otra pieza de diálogo semejante, que incluye largos discursos de nuestro Señor, y termina con el Ecce homo.

El lugar y el orden de las dos siguientes es incierto.

11. Revillout n.º 13, p. 168. Un discurso de nuestro Señor (a Tomás) recordándole las señales de la crucifixión, y exhortándolo a tocarlo.

12. Revillout n.º 14, p. 169. María (la Virgen) en el sepulcro. Jesús se le aparece y le habla, prohibiéndole que lo toque. La escena se asimila a la de la aparición a María Magdalena (como en otros lugares de los escritos coptos): véase antes, sobre el «vigésimo discurso de Cirilo», pp. 87, 88.

13. Revillout n.º 15, p. 170. Lacau, p. 19. Dos hojas, con una laguna de dos entre ellas.

Este fragmento tiene una atribución precisa, a Gamaliel.

Es un relato relacionado con la resurrección.

Hallamos a Pilato examinando a cuatro soldados acerca de su declaración de que el cuerpo de Jesús había sido robado. Uno (el segundo: el testimonio del primero se ha perdido) dice que los once apóstoles se llevaron el cuerpo; el tercero dice que fueron José y Nicodemo; el cuarto, «estábamos dormidos». Son encarcelados, y Pilato va con el centurión y los sacerdotes al sepulcro y halla los lienzos. Dice: «Si el cuerpo hubiese sido robado, también estos se habrían llevado». Ellos dicen: «Estos lienzos son de otra persona». Pilato recuerda las palabras de Jesús: «Grandes maravillas han de suceder en mi sepulcro», y entra, y llora sobre el sudario. Luego se

vuelve al centurión, que solo tenía un ojo, habiendo perdido el otro en batalla.

Aquí hay una laguna, en la que sin duda se cuenta cómo el ojo del centurión sana al tocar los lienzos, y él se convierte. También es claro que se manda llamar a José y Nicodemo, y que los judíos indican a Pilato que en un pozo del huerto hay el cuerpo de un hombre crucificado.

La otra hoja comienza con un diálogo entre Pilato y el centurión. Luego todos van al pozo. «Yo, Gamaliel, los seguí también entre la comitiva». Ven el cuerpo, y los judíos claman: «He aquí al hechicero»... Pilato pregunta a José y Nicodemo si aquel es el cuerpo de Jesús. Ellos responden que los lienzos son suyos, pero que el cuerpo es el del ladrón que fue crucificado con él. Los judíos se enfurecen y quieren arrojar a José y Nicodemo al pozo... Pilato recuerda las palabras de Jesús: «El muerto resucitará en mi sepulcro», y dice a los judíos: «Creéis que este es en verdad el Nazareno». Ellos dicen: «Sí». «Entonces», dice Pilato, «es justo poner su cuerpo en su propio sepulcro»...

Aquí termina la hoja; pero podemos ver que, cuando el cuerpo sea puesto en el sepulcro de Jesús, revivirá y declarará la verdad.

Una hoja suelta de un manuscrito etíope que estaba en manos privadas en 1892 (véase *Newbery House Magazine*, 1892, p. 641) contiene una historia semejante, en otra forma.

Aquí tenemos a los judíos explicando a Pilato que el dulce olor del sepulcro se debe a las especias que José puso sobre el cuerpo, y a las flores del huerto. Pilato los reprende, y ellos replican que no tiene por qué venir al sepulcro. Se dirige al centurión. Tras una laguna hay una oración de Pilato, en la que pide perdón por haber puesto «otro cuerpo en el lugar donde pusieron el tuyo». Al final de la oración sale una voz de la boca del muerto, mandando a Pilato quitar la piedra para que él (el muerto) pueda salir.

Una Vida de Pilato en árabe, señalada por De Sacy, conservada en manuscrito en París (Arab. 160), parece contener toda la historia, de

la que aquí tenemos fragmentos. Se pretende que fue escrita por Gamaliel y Anás (o Ananías). Migne, Dict. des Apocr. I. 1101.

Con esto, creo, se completa la lista de los fragmentos de este carácter publicados hasta la fecha. Casi todos ellos son reunidos por Revillout bajo el título de Evangelio de los Doce Apóstoles. Pero hemos visto que al menos uno (el 13) procede de un relato bajo el nombre de Gamaliel; y también es bastante claro que no todos los demás pueden pertenecer a un único escrito.

Los números 1, 3, 4 y 5 han de ir juntos: proceden del libro «homilético». El 1 es el menos ciertamente pertinente.

Estas piezas tienen un elemento que las une entre sí, en el motivo de las intrigas para hacer rey a Jesús. Su fecha tardía se advierte en los largos discursos retóricos, y en la enorme exaltación de san Pedro.

El n.º 2 es de un testigo ocular, atribuido por Baumstark a Gamaliel.

El n.º 6 puede pertenecer a Gamaliel.

Los números 7 y 8, a Bartolomé.

Los números 9 y 10, por su interés en Pilato, son probablemente de Gamaliel.

Los números 11 y 12 son inciertos. Baumstark los atribuye a Gamaliel.

El n.º 13, a Gamaliel.

El artículo de Baumstark aquí referido está en la Revue Biblique Internationale de 1906, p. 245. Él atribuiría los números 2, 3, 4 y 5 a Gamaliel, así como los posteriores.

Otros documentos coptos se tratarán cuando nos ocupemos del Evangelio de Bartolomé, de la Muerte de la Virgen y de los Hechos de los Apóstoles, y también de los Apocalipsis. Convendrá, no obstante, dejar constancia aquí de la advertencia de que los coptos fueron incansables bordando las historias bíblicas, y acaso

reescribiendo documentos más antiguos a su gusto. Solo nuevos descubrimientos de textos más antiguos podrán permitirnos decidir cuánto, si es que algo, de los detalles que aportan estos fragmentos tardíos es realmente arcaico.

OTROS APÉNDICES A LOS HECHOS DE PILATO

Bajo este epígrafe pueden reseñarse las diversas formas de los Informes de Pilato al Emperador, y otras Cartas que se le atribuyen: sobre su muerte, sobre la Venganza del Salvador, y también el escrito griego llamado la Historia de José de Arimatea,

Es probable que se compusiera muy tempranamente alguna suerte de Informe de Pilato a Tiberio. Tertuliano afirma como un hecho que Pilato relató a Tiberio todos los sucesos de la pasión, y que el emperador intentó, sin éxito, inducir al senado a declarar Dios a Jesús. Se desconoce cuál fue la fuente de esta historia, pero es de las más obvias de inventar. Los textos de los Informes apócrifos que poseemos son todos tardíos, pero en algunos de los griegos hay tenues semejanzas con el Evangelio de Pedro.

Tischendorf publica una breve

CARTA DE PILATO A TIBERIO, que no puede rastrearse más allá del siglo quince. Está escrita en un latín bastante elegante, sin duda, a mi juicio, por un italiano del primer Renacimiento. Su tenor es el siguiente:

«Jesucristo, de quien recientemente os escribí, ha sido ejecutado contra mi voluntad. Jamás se ha visto hombre tan piadoso y austero, ni se verá otro igual. Pero hubo una maravillosa unanimidad en la petición de los judíos y de su jefe de que fuese crucificado, aunque sus propios profetas, y las sibilas, testificaron en su contra, y aparecieron en su muerte señales que los filósofos dijeron que amenazaban con el hundimiento del mundo entero. Sus discípulos,

que aún viven, no desmienten la enseñanza de su maestro, sino que son diligentes en buenas obras. Si no hubiese temido un levantamiento general, ese hombre acaso estaría aún vivo». Termina disculpando débilmente su conducta. Fecha, el quinto día antes de las calendas de abril.

INFORME DE PILATO (ANÁFORA)

Hay dos textos griegos de este documento, que no difieren en lo esencial. En algunos manuscritos, una de las formas se añade a los Hechos de Pilato. Es un documento tardío, y no de mucho interés en su forma actual; pero, como se ha dicho, contiene tenues reminiscencias del Evangelio de Pedro, y puede basarse en un documento más breve y antiguo. Tras el encabezamiento, comienza así:

«He recibido una comunicación, oh poderosísimo, que me oprime de temor y de temblor».

Continúa diciendo que en Jerusalén, ciudad de su provincia, los judíos le entregaron a un hombre llamado Jesús, acusándolo de muchas cosas que no pudieron probar, y en particular de violar el sábado. Se describen luego los milagros con cierto ornato retórico, particularmente en el caso de Lázaro.

Una carta de Tiberio a Abgaro de Edesa, citada por Moisés de Corene (Historia de Armenia, II, cap. 33), da exactamente el mismo relato de lo ocurrido en el senado, y menciona el informe de Pilato.

Jesús le fue entregado por Herodes, Arquelao, Filipo, Anás, Caifás y todo el pueblo.

En su crucifixión se oscureció el sol; aparecieron las estrellas, y en todo el mundo la gente encendió lámparas desde la hora sexta hasta el anochecer; la luna pareció como de sangre, y las estrellas y Orión se lamentaron por el pecado de los judíos. (La otra recensión dice

que Abraham, Isaac, Jacob, los doce patriarcas, y Moisés y Job, que fueron vistos por los judíos, y muchos otros «a quienes yo también vi», aparecieron en cuerpo y así se lamentaron.)

El primer día de la semana, a la hora tercera de la noche, hubo una gran luz: el sol brilló con inusitado resplandor, hombres con vestiduras resplandecientes aparecieron en el aire y clamaron a las almas del Hades que subiesen, y proclamaron la resurrección de Jesús.

La luz continuó toda la noche. Muchos judíos desaparecieron en las simas que el terremoto había causado, y todas las sinagogas, salvo una, se derrumbaron.

Bajo el peso de la consternación causada por todos estos portentos, Pilato escribe al César.

A esto se añade, en una recensión, la «Entrega, Paradosis, de Pilato»,

Al recibir la carta hubo gran asombro en Roma, y el César, airado, mandó que Pilato le fuese traído como prisionero.

Al oír de su llegada, el César tomó asiento «en el templo de los dioses, ante todo el senado, y con todo su ejército y toda la multitud de su poder», y dijo a Pilato: ¿Cómo osaste tú, impísimo, hacer tal cosa, habiendo visto tales señales acerca de ese hombre? Con tu perversa osadía has destruido el mundo entero.

Pilato echó la culpa a los judíos, a Herodes, Arquelao, Filipo, Anás y Caifás (véase la Anáfora). El César: ¿Por qué cediste ante ellos? Pilato: La nación es rebelde y desobediente. El César: Debiste haberlo guardado a salvo y enviármelo, y no ceder y crucificar a quien había hecho todas aquellas poderosas obras de las que hablabas en tu informe. Es evidente que era el Cristo, el rey de los judíos.

Cuando el César nombró a Cristo, todas las imágenes de los dioses cayeron y se convirtieron en polvo. Hubo gran consternación: el César devolvió a Pilato a la cárcel.

Al día siguiente se sentó en el Capitolio con todo el senado, y tuvo lugar un diálogo semejante al anterior. Después de él, el César escribió a Liciano, el gobernador principal de Oriente, mandándole esclavizar a toda la nación de los judíos, y reducirlos en número por su maldad. Y esto hizo Liciano.

El César mandó entonces a un gobernador llamado Albio decapitar a Pilato. Fue llevado a la muerte, y oró: No me cuentes entre los hebreos impíos. No recuerdes el mal contra mí ni contra tu sierva Prócula, que aquí está, a quien hiciste profetizar que habías de ser clavado en la cruz. Antes bien, perdónanos y cuéntanos entre tus justos.

Vino una voz del cielo, diciendo: Todas las generaciones y familias de los gentiles te llamarán bienaventurado, porque en tus días se cumplieron todas estas cosas que los profetas dijeron acerca de mí; y tú también aparecerás como testigo mío (o mártir) en mi segunda venida, cuando juzgue a las doce tribus de Israel y a los que no hayan confesado mi nombre.

El prefecto cortó la cabeza de Pilato, y un ángel del Señor la recibió; y cuando Prócula, su esposa, lo vio, se llenó de gozo, y al punto entregó el espíritu, y fue sepultada con su marido.

Esta visión extraordinariamente favorable de Pilato es característica de Oriente. Del mismo taller que el Informe y la Paradosis proceden dos cartas —de Pilato a Herodes, y de Herodes a Pilato— que existen en griego y en siríaco (esta última en un manuscrito del siglo sexto o séptimo). Hay alguna divergencia entre las dos versiones.

LA CARTA DE PILATO A HERODES

No fue cosa buena la que hice, persuadido por ti, cuando crucifiqué a Jesús. Averigüé por el centurión y los soldados que había resucitado, y envié a Galilea, y supe que predicaba allí a más de quinientos creyentes.

Mi esposa Prócula tomó a Longino, el centurión creyente, y a diez (o doce) soldados (que habían guardado el sepulcro), y salió y lo halló «sentado en un campo labrado», enseñando a una multitud. Él los vio, les habló, y les contó su victoria sobre la muerte y el infierno. Prócula y los demás volvieron y me lo contaron. Yo estaba en gran angustia, y me vestí de luto, y fui con ella y cincuenta soldados a Galilea. Hallamos a Jesús: y al acercarnos a él hubo un sonido en el cielo y un trueno, y la tierra tembló y despidió un dulce olor. Caímos sobre nuestros rostros, y el Señor vino y nos levantó, y vi en él las cicatrices de la pasión, y puso sus manos sobre mis hombros, diciendo: Todas las generaciones y familias te llamarán bienaventurado (véase antes), porque en tus días el Hijo del Hombre murió y resucitó.

LA CARTA DE HERODES A PILATO

No es con poco dolor —según las divinas Escrituras— (es decir, como pude haber previsto por la enseñanza de la Escritura) que te escribo.

Mi querida hija Herodías jugaba sobre el agua (es decir, el hielo) y cayó hasta el cuello. Y su madre la asió por la cabeza para salvarla, y esta se desprendió, y el agua se llevó su cuerpo. Mi esposa está sentada con la cabeza en su regazo, llorando, y toda la casa está llena de dolor.

Estoy en gran angustia de ánimo por la muerte de Jesús, y pensando en mis pecados al matar a Juan el Bautista y masacrar a los Inocentes. «Ya que, pues, tú puedes ver de nuevo al hombre Jesús, esfuérzate por mí e intercede por mí: pues a vosotros, los gentiles, se os da el reino, según los profetas y Cristo».

Mi hijo Lesbonax está en el último grado de una consunción. Yo estoy afligido de hidropesía, y me salen gusanos por la boca. El ojo izquierdo de mi esposa ha quedado ciego de tanto llorar. Justos son los juicios de Dios, porque nos burlamos del ojo del justo. Vendrá la venganza sobre los judíos y los sacerdotes, y los gentiles heredarán el reino, y los hijos de la luz serán echados fuera.

Y tú, Pilato, ya que somos de la misma edad, entierra a mi familia con honor: mejor es para nosotros ser sepultados por ti que por los sacerdotes, condenados a una destrucción próxima. Adiós. Te he enviado los pendientes de mi esposa y mi propio anillo de sello. Ya comienzo a recibir el juicio en este mundo, pero temo mucho más el juicio venidero. Este es pasajero; aquel, eterno.

Si los cristianos orientales —o al menos los de Egipto y Siria— tuvieron a Pilato por santo y mártir, los de Occidente no vieron en él sino a un criminal. La biografía suya que ofrece la Leyenda dorada (cap. 53, sobre la Pasión) es de fecha demasiado tardía para reproducirla aquí; pero las leyendas de su muerte son más antiguas. Al resumirlas comenzaremos por uno de los pocos escritos griegos que adoptan la visión occidental, la desfavorable, de Pilato. Ciertamente no es de fecha temprana: tiene puntos de contacto con la recensión B (griega) de los Hechos de Pilato. Es la

CARTA DE TIBERIO A PILATO

Esta le fue entregada a Pilato por medio del mensajero Raab (cf. Rachaab en la recensión B, p. 116), que fue enviado con dos mil soldados para traerlo a Roma.

Puesto que has dictado contra Jesús de Nazaret una sentencia de muerte violenta e inicua, sin mostrar piedad alguna, y habiendo recibido dádivas para condenarlo, y con tu lengua has expresado compasión (referencia a la Anáfora), pero en tu corazón lo has entregado, serás traído a casa como prisionero para responder por ti mismo.

Me he sentido sumamente afligido por las noticias que me han llegado: una mujer, discípula de Jesús, ha estado aquí, llamada María Magdalena, de la cual se dice que él expulsó siete demonios, y me ha contado todas sus maravillosas curaciones. ¿Cómo pudiste permitir que lo crucificaran? Si no lo recibiste como a un Dios, al menos podrías haberlo honrado como a un médico. Tu propio escrito engañoso, dirigido a mí, te ha condenado.

Puesto que tú lo sentenciaste injustamente, yo te sentenciaré a ti justamente, y también a tus cómplices.

Pilato, Arquelao, Filipo, Anás y Caifás fueron arrestados.

Rachaab y los soldados mataron a todos los varones judíos, mancillaron a las mujeres y llevaron a los jefes a Roma. Por el camino, Caifás murió en Creta: la tierra no quiso recibir su cuerpo, y lo cubrieron con un montón de piedras.

Era antigua ley que si un reo condenado veía el rostro del emperador quedaba libre: por eso Tiberio no quiso ver a Pilato, sino que lo encerró en una cueva.

A Anás lo cosieron dentro de una piel de toro recién desollada, que al secarse se fue encogiéndose y lo estrujó hasta matarlo. Los demás jefes de los judíos fueron decapitados: Arquelao y Filipo fueron crucificados.

Un día el emperador salió de caza y persiguió a una cierva hasta la puerta de la prisión de Pilato. Pilato se asomó, tratando de ver el rostro del emperador, pero en ese momento el emperador disparó una flecha a la cierva, que entró por la ventana y mató a Pilato.

El mismo relato se cuenta en una vida griega de María Magdalena, que he transcrito de un manuscrito de Holkham, y que evidencia una fuerte influencia occidental, pues narra la historia de su misión a Marsella y de un milagro obrado allí sobre un príncipe, tema muy del gusto de los artistas medievales franceses.

LA MUERTE DE PILATO

La leyenda latina de la muerte de Pilato apenas merece el nombre de libro apócrifo. La imprime Tischendorf a partir de un manuscrito milanés del siglo XIV —el manuscrito ilustrado mencionado más arriba (p. 66) en el apartado de los Evangelios de la Infancia, reproducido en facsímil bajo el título de Historias canónicas y leyendas apócrifas—. Se halla también en la Leyenda dorada, cap. 53, como conclusión de la fabulosa vida de Pilato, donde se dice tomada de «cierta historia, aunque apócrifa». Esta vida se encuentra por separado —por lo común junto a una vida semejante de Judas Iscariote— en manuscritos de fecha anterior a la Leyenda dorada; pero toda la composición es enteramente medieval y no tiene nada de antigua.

La historia es la siguiente:

El emperador Tiberio, gravemente enfermo, oyó que había en Jerusalén un médico maravilloso, llamado Jesús, que curaba toda dolencia. Envió a Pilato a un oficial suyo llamado Volusiano, para pedirle que le enviara al médico. Pilato se aterrorizó, sabiendo que Jesús había sido crucificado (y pidió catorce días de plazo, según la Leyenda dorada). De regreso a su posada, Volusiano se encontró con una matrona llamada Verónica y le preguntó por Jesús. Ella le dijo la verdad, para gran pesar suyo, y, para consolarlo, añadió que cuando nuestro Señor andaba enseñando fuera, ella había deseado tener siempre consigo un retrato suyo, y fue a llevar un lienzo de lino a un pintor con ese propósito. Jesús la encontró, y al oír lo que deseaba, tomó de ella el lienzo e imprimió en él los rasgos de su

rostro. Este lienzo, dijo ella, curará a tu señor: no puedo venderlo, pero iré contigo hasta él.

Volusiano y Verónica regresaron a Roma, y Tiberio, cuando le iban a traer la imagen, cubrió el camino con paños de seda. Quedó sanado al instante con solo mirar la imagen.

Pilato fue arrestado y llevado ante el emperador en Roma. Llevaba puesta la túnica inconsútil de Jesús. Cuando compareció ante el emperador, este, que hasta entonces había estado furioso contra él, se volvió del todo apacible. Lo despidió, y al punto le volvió la ira. Esto volvió a suceder. Entonces, ya fuera por inspiración divina o por sugerencia de algún cristiano, hizo que le quitasen la túnica, lo mandó de vuelta [a la cárcel, y poco después lo sentenció a morir de la más vil de las muertes. Al oírlo, Pilato se mató con su propio cuchillo. El César le hizo atar una piedra de molino al cuello y lo arrojó al Tíber. Los demonios se congregaron en tropel, y tempestades turbaron el lugar, de modo que todos quedaron sobrecogidos de terror. Sacaron el cadáver del río y lo llevaron a Vienne (via Gehennae), en el Ródano, con el mismo resultado. De allí lo llevaron a enterrar en el territorio de Lausana; pero los disturbios continuaron allí hasta que los habitantes lo desenterraron y lo arrojaron a un pozo rodeado de montañas, donde se dice que aún hoy ocurren manifestaciones diabólicas.

La última clase de estas leyendas es algo más antigua. La tenemos en varias formas latinas y también en una antigua versión anglosajona. Tiene algo en común con La muerte de Pilato, y desemboca en los romances de la Destrucción de Jerusalén, muy populares en los siglos XIII y XIV. La forma más antigua es la llamada Sanación de Tiberio (Cura sanitatis Tiberii), cuyos manuscritos se remontan al siglo VIII.

Dice así: Tiberio estaba gravemente enfermo. Oyó de un judío llamado Tomás hablar de los milagros de Jesús, y envió a un gran oficial, Volusiano, a traerlo desde Jerusalén. El viaje duró un año y tres meses. Pilato y los judíos se asustaron mucho. Uno de sus soldados tuvo que convencer a Pilato de que se trataba del Jesús

crucificado: José de Arimatea y otros confirmaron las pruebas de la resurrección. Pilato, entretanto encarcelado, fue obligado a confesar públicamente su culpa.

Un joven llamado Marcio informó entonces a Volusiano de que una mujer de Tiro, Verónica (a la que algunas copias antiguas llaman también Basila), poseía la imagen de Jesús, quien tres años antes le había curado un flujo de sangre. Ella lo negó al principio, pero al fin la mostró por la fuerza. Volusiano la adoró, y amenazó con castigo a cuantos habían tomado parte en la muerte de Jesús. Partió luego hacia Roma con Verónica y Pilato, y llegó en poco tiempo. Tiberio preguntó por qué no habían ejecutado a Pilato. Volusiano respondió que no quería anticiparse al juicio del emperador. Tiberio desterró a Pilato, sin verlo, a Ameria, en la Toscana. Volusiano llevó entonces a Verónica y la imagen ante Tiberio, quien la adoró y sanó. Dio dinero a Verónica, hizo un relicario precioso para la imagen, se bautizó y murió en paz al cabo de algunos años.

El siguiente desarrollo de la leyenda se cree originario de Aquitania. Los manuscritos se remontan al siglo X, y la versión anglosajona no es posterior al XI. El nombre de esta es

LA VENGANZA O DESAGRAVIO DEL SALVADOR, de la cual se dará aquí un breve resumen.

Hubo, bajo Tiberio, un rey Tito (o Tiro) en Aquitania, en una ciudad de Libia llamada Burgidala (Burdeos). Tenía un cáncer en la fosa nasal derecha, y el mal le había carcomido el rostro hasta el ojo.

Había también un judío llamado Natán, hijo de Nahúm, a quien los judíos habían enviado a Tiberio para llevarle un tratado. Tiberio, por su parte, estaba enfermo de fiebre y úlceras, y padecía nueve clases de lepra. La nave de Natán fue arrastrada a la costa hasta la ciudad de Tito. Mandaron llamar a Natán, y este contó su historia. Tito le preguntó si conocía a alguien que pudiera curarlo. Natán dijo: «Si hubieras estado hace poco en Jerusalén, había allí un profeta llamado Emanuel» (se enumeran los milagros, y se describen la

Pasión, el descenso a los infiernos y la resurrección). Tito dijo: «¡Ay de ti, Tiberio, en cuyo reino tales cosas se hacen! Yo habría matado a estos judíos con mi propia mano por destruir a mi Señor». A estas palabras, la llaga se le cayó del rostro y quedó sanado, y lo mismo todos los enfermos que allí había. Tito prorrumpió en gritos, confesando su fe en Cristo, e hizo que Natán lo bautizara (y en vez de Tiro pasó a llamarse Tito, que en nuestra lengua significa Piadoso, según el anglosajón).

Envió entonces a buscar a Vespasiano, para que viniera con todas sus fuerzas, y este vino con cinco mil hombres, y dijo: «¿Para qué me quieres?». «Para destruir a los enemigos de Jesús». Así que zarparon hacia Jerusalén. Arquelao, aterrado, entregó su reino a su hijo y se apuñaló. El hijo se alió con otros reyes y fortificó Jerusalén, que fue sitiada durante siete años, hasta que los habitantes hubieron de comer tierra. Al fin decidieron rendirse y entregaron las llaves a Tito y Vespasiano. A unos los mataron, a otros los crucificaron cabeza abajo, o los atravesaron con lanzas, los vendieron, echaron suertes sobre ellos y los dividieron en cuatro partes, y al resto lo vendieron a treinta por un denario.

Luego buscaron la imagen de Jesús y hallaron a Verónica, que la tenía. A Pilato lo entregaron a cuatro cuaterniones de soldados. (Verónica era la mujer sanada del flujo de sangre. Permaneció con Tito y Vespasiano hasta que llegó Velosiano, pariente del emperador).

Tito envió un mensaje a Tiberio para que enviara a Velosiano. Le dijo que fuera a Jerusalén y trajera a alguien que lo sanara, a quien podía prometerle la mitad del reino.

Velosiano llegó al cabo de un año y siete días, y primero encontró a José y a Nicodemo. José le contó lo de la sepultura, lo de su prisión y su liberación por obra de Jesús.

Entonces vino Verónica y le contó su curación. Velosiano acusó y encarceló a Pilato (lo puso en una jaula de hierro, según el anglosajón). Luego interrogó a Verónica, que negó tener la imagen.

La amenazó con tortura; al fin confesó que la tenía en (o sobre) un lienzo de lino y que la adoraba cada día. La mostró. Velosiano la adoró, la tomó, la envolvió en un paño de oro y la encerró en un cofre, y se embarcó para Roma. Verónica dejó cuanto tenía y se empeñó en acompañarlo. Remontaron el Tíber hasta Roma, tras un año de viaje.

Tiberio se enteró de su llegada y mandó llamar a Velosiano, que le contó toda la historia por extenso, incluida la destrucción de los judíos. Tiberio pidió entonces la imagen. Se la trajeron, la adoró, y su carne quedó limpia, y oró. Luego preguntó si había allí alguien que hubiera visto a Cristo y supiera bautizar. Trajeron a Natán, que lo bautizó, y él bendijo a Dios y fue instruido en todos los artículos de la fe cristiana.

Otra forma de la leyenda se da en la Leyenda dorada, e incorporada, con ilustraciones, en el manuscrito milanés antes mencionado.

Esta comienza contando cómo Pilato envió a un mensajero, Albano, ante el César, para excusarse por la condena de Jesús. Albano fue arrojado a la costa en Galicia y llevado ante Vespasiano, que debía su nombre al hecho de que desde niño había padecido un avispero en la nariz. Vespasiano dijo a Albano: «Vienes de la tierra de los sabios; has de curarme». Albano dijo: «No soy diestro en medicina». Vespasiano: «Has de curarme o morir». Albano: «Hubo un hombre que te habría curado con una palabra; expulsaba demonios y resucitaba a los muertos. Era Jesús de Nazaret, a quien los judíos mataron por envidia. Si creyeras en él, sanarías». Vespasiano: «Creo firmemente que es el Hijo de Dios y que puede curarme». Y al instante las avispas le cayeron de la nariz y quedó sano. Vespasiano hizo entonces voto de ir a Tiberio y obtener fuerzas con que destruir la ciudad y la nación de los judíos. Y tras pasar algunos años reuniendo un ejército, sitió Jerusalén. Los cristianos, advertidos por el Espíritu Santo, habían huido a Pella.

Sigue luego un encuentro entre el historiador Josefo y Vespasiano; se profetiza la elevación de este al imperio, y esta se cumple.

Después tenemos la historia de Tito, que enferma de alegría por el triunfo de su padre, y que sana al hacer que sentaran a su lado, en la mesa, a un esclavo al que odiaba. Esto lo ideó Josefo. Sigue después el hambre en Jerusalén, y el episodio de la mujer María, que come a su propio hijo. Luego la ciudad es tomada y los judíos son vendidos a treinta por un denario.

Sigue después el hallazgo de un anciano emparedado en un muro muy macizo, que resulta ser José de Arimatea. Liberado por Jesús, como cuenta el Evangelio de Nicodemo, había sido de nuevo encarcelado por los judíos porque seguía predicando el evangelio, y desde entonces había sido sustentado milagrosamente con luz y alimento del cielo.

HISTORIA DE JOSÉ DE ARIMATEA

La última de estas tardías ficciones que se mencionará aquí es la HISTORIA DE JOSÉ DE ARIMATEA, que solo conservamos en griego. Se dice que el manuscrito más antiguo utilizado por Tischendorf es del siglo XII.

I. 1 Yo, José de Arimatea, que pedí a Pilato el cuerpo del Señor Jesús, fui encarcelado por ello por los judíos. Estos son el pueblo que provocó a su legislador Moisés, y que, sin reconocer a su Dios, crucificó a su Hijo.

Siete días antes de la pasión de Cristo, enviaron desde Jericó a Pilato dos ladrones condenados, cuyos crímenes eran estos.

2 El primero, Gestas, solía desnudar y matar a los caminantes, colgar a las mujeres por los pies y cortarles los pechos, beber la sangre de los niños de pecho: no conocía a Dios ni obedecía ley alguna, sino que fue violento desde el principio.

El otro, Dimas, era un galileo que tenía una posada; despojaba a los ricos, pero hacía bien a los pobres, e incluso los enterraba, como Tobit. Había cometido robos contra los judíos, pues robó (saqueó) la ley misma en Jerusalén, y despojó a la hija de Caifás, que era sacerdotisa del santuario, y se llevó incluso el místico depósito de Salomón que había sido depositado en el lugar (santo).

3 También Jesús fue apresado al atardecer, tres días antes de la Pascua. Mas Caifás y la multitud de los judíos no tuvieron Pascua, sino que estaban en gran duelo por el robo del santuario cometido

por el ladrón. Y mandaron llamar a Judas Iscariote, que era sobrino de Caifás, y a quien los judíos habían persuadido de hacerse discípulo de Jesús, no para seguir sus enseñanzas, sino para traicionarlo. Le pagaban un dídramma de oro cada día; y, según dice uno de los discípulos de Jesús, llamado Juan, había estado dos años con Jesús.

4 Tres días antes de que apresaran a Jesús, Judas dijo a los judíos: «Reunamos un concilio y digamos que no fue el ladrón quien se llevó la ley, sino Jesús». Nicodemo, que tenía las llaves del santuario, dijo que no, porque era hombre veraz. Pero Sarra, la hija de Caifás, gritó que Jesús había dicho en público: «Puedo destruir el templo» (etc.). Todos los judíos dijeron: «Te creemos». Pues la tenían por profetisa. Así fue apresado Jesús.

II. 1 Al día siguiente, que era miércoles, a la hora nona, lo llevaron a la sala de Caifás, y Anás y Caifás le preguntaron: «¿Por qué te llevaste la ley?». Él callaba. «¿Por qué querías destruir el templo de Salomón?». Él callaba.

2 Al atardecer, la multitud buscaba a la hija de Caifás para quemarla, porque la ley había sido robada y no podían guardar la Pascua. Pero ella dijo: «Esperad un poco, hijos míos, y destruyamos a Jesús, y la ley se hallará y se guardará la fiesta». Entonces Anás y Caifás dieron en secreto oro a Judas y le dijeron: «Di, como dijiste antes, que fue Jesús quien robó la ley». Judas accedió, pero dijo: «El pueblo no debe saber que me habéis dicho esto: y debéis dejar libre a Jesús, y yo lo persuadiré». Así, fraudulentamente, dejaron libre a Jesús.

3 Al amanecer del jueves, Judas entró en el santuario y dijo a todo el pueblo: «¿Qué me daréis si os entrego al destructor de la ley y ladrón de los profetas?». Dijeron: «Treinta piezas de plata de oro» (iasí!). Pero no sabían que hablaba de Jesús, pues muchos lo tenían por el Hijo de Dios. Y Judas recibió las treinta piezas.

4 A la hora cuarta y quinta salió y encontró a Jesús caminando por la calle. Hacia el atardecer obtuvo una guardia de soldados. Mientras

iban, Judas dijo: «Al que yo besare, prendedlo: él es quien robó la ley y los profetas». Se acercó a Jesús y lo besó, diciendo: «Salve, Rabí». Llevaron a Jesús ante Caifás y lo interrogaron. «¿Por qué hiciste esto?», pero él nada respondió. Nicodemo y yo abandonamos la sede de los pestilentes, y no quisimos consentir en perecer en el concilio de los pecadores.

III. 1 Aquella noche hicieron muchos males a Jesús, y al amanecer del viernes lo entregaron a Pilato. Fue condenado y crucificado con los dos ladrones, Gestas a la izquierda, Dimas a la derecha.

2 El de la izquierda gritó a Jesús: «Mira los males que he obrado en la tierra; y si hubiera sabido que eras el rey, te habría matado también a ti. ¿Por qué te llamas Hijo de Dios y no puedes ayudarte a ti mismo en la hora de necesidad? ¿O cómo puedes socorrer a otro que ruega? Si eres el Cristo, baja de la cruz para que yo crea en ti. Pero ahora te veo, no como a un hombre, sino como a una fiera atrapada que perece junto conmigo». Y mucho más dijo contra Jesús, blasfemando y crujiendo los dientes contra él, pues estaba atrapado en el lazo del diablo.

3 Pero Dimas, a la derecha, viendo la gracia divina de Jesús, comenzó a clamar así: «Te conozco, Jesucristo, que eres el Hijo de Dios. Te veo, Cristo, adorado por diez mil veces diez mil ángeles; perdona los pecados que he cometido: no dejes que las estrellas entren en juicio conmigo, ni la luna, cuando juzgues a todo el mundo: pues en la noche tramé mis malos designios: no agites el sol, que ahora se ha oscurecido por tu causa, para contar el mal de mi corazón: pues no puedo darte don alguno por la remisión de mis pecados. Ya me llega la muerte por mis pecados, mas el perdón te pertenece a ti: sálvame, Señor de todas las cosas, de tu terrible juicio: no des poder al enemigo para que me devore y sea heredero de mi alma, como del que cuelga a la izquierda; pues veo cómo el diablo toma su alma con regocijo, y su carne se desvanece. Ni me mandes partir a la suerte de los judíos, pues veo a Moisés y a los patriarcas llorar amargamente, y al diablo exultar sobre ellos. Por eso, antes de que mi espíritu parta, manda, Señor, que mis pecados

sean borrados, y acuérdate de mí, pecador, en tu reino, cuando te sientes en el gran trono del Altísimo y juzgues a las doce tribus de Israel: pues has preparado gran castigo para tu mundo por tu causa».

4 Y cuando el ladrón hubo dicho esto, Jesús le dijo: «En verdad, en verdad te digo, Dimas, que hoy estarás conmigo en el paraíso: pero los hijos del reino, los hijos de Abraham, Isaac y Jacob, y Moisés serán echados a las tinieblas exteriores: allí habrá llanto y crujir de dientes. Pero tú solo morarás en el paraíso hasta mi segunda venida, cuando juzgue a los que no hayan confesado mi nombre». Y dijo al ladrón: «Ve y di a los querubines y a las potestades que blanden en torno la espada de fuego, que guardan el jardín desde que Adán, el primero creado, estuvo en el paraíso y transgredió y no guardó mis mandamientos, y yo lo eché de allí — pero ninguno de los hombres antiguos verá el paraíso hasta que yo venga por segunda vez a juzgar a vivos y muertos—». Y escribió así: «Jesucristo, el Hijo de Dios, que descendió de las alturas del cielo, que procedió del seno del Padre invisible sin separación, y descendió al mundo para encarnarse y ser clavado en la cruz, para salvar a Adán, a quien yo formé: a mis potestades los arcángeles, que guardan las puertas del paraíso, los siervos de

mi Padre: quiero y mando que el que fue crucificado conmigo [entre,] reciba la remisión de sus pecados por mi causa, y, revestido de un cuerpo incorruptible, entre en el paraíso, y que more allí donde ningún otro hombre puede jamás morar».

Y dicho esto, Jesús entregó el espíritu el viernes, a la hora nona. Y hubo tinieblas sobre toda la tierra y un gran terremoto, de modo que cayeron el santuario y el pináculo del templo.

IV. 1 Y yo, José, pedí el cuerpo y lo puse en mi sepulcro nuevo. El cuerpo de Dimas no se halló: el de Gestas tenía en apariencia forma de dragón.

Los judíos me encarcelaron la tarde del sábado.

2 Al atardecer del primer día de la semana, a la hora quinta de la noche, vino a mí Jesús con el ladrón de la derecha. Hubo una gran luz; la casa se alzó por sus cuatro esquinas y salí: y percibí primero a Jesús, y luego al ladrón, que le traía una carta, y mientras nos dirigíamos a Galilea hubo una luz grandísima, y una fragancia dulce salía del ladrón.

3 Jesús se sentó en cierto lugar y leyó lo siguiente: «Los querubines y los de seis alas, a quienes tu Divinidad manda guardar el jardín del paraíso, te hacen saber esto por mano del ladrón que por tu disposición fue crucificado contigo. Cuando vimos la señal de los clavos en el ladrón que fue crucificado contigo, y la luz de las letras de tu Divinidad, el fuego se apagó, incapaz de soportar la luz de la señal, y nos sobrecogió gran temor y nos agachamos. Pues oímos que el hacedor del cielo y de la tierra y de toda la creación había venido a morar en las partes inferiores de la tierra por causa de Adán, el primero creado. Pues vimos la cruz inmaculada, con el ladrón resplandeciente de luz y brillando siete veces más que el sol, y nos sobrevino un temblor cuando oímos el estruendo de las cosas bajo la tierra, y con gran voz los ministros del Hades dijeron con nosotros: Santo, santo, santo es el que estaba en las alturas desde el principio: y las potestades alzaron un clamor, diciendo: Señor, te has manifestado en el cielo y en la tierra, dando gozo a los mundos (los eones) y salvando a tu propia creación de la muerte».

V. 1 Y mientras iba con Jesús y el ladrón hacia Galilea, la forma de Jesús se transformó y se hizo enteramente luz, y los ángeles lo servían y él conversaba con ellos. Permanecí con él tres días, y ninguno de los discípulos estaba allí.

2 En medio de los días de los ázimos vino su discípulo Juan, y el ladrón desapareció. Juan preguntó quién era, pero Jesús no respondió. Juan dijo: «Señor, sé que me has amado desde el principio: ¿por qué no me revelas quién es este hombre?». Jesús dijo: «¿Buscas conocer cosas ocultas? ¿Estás del todo falto de entendimiento? ¿No percibes la fragancia del paraíso que llena este lugar? ¿No sabes quién era? El ladrón que estuvo en la cruz se ha

hecho heredero del paraíso: en verdad, en verdad os digo, que es suyo solo hasta que llegue el gran día». Juan dijo: «Hazme digno de verlo».

3 Entonces, de pronto, apareció el ladrón, y Juan cayó a tierra: pues era ya como un rey de gran poder, revestido de la cruz. Y se oyó una voz de multitud: «Has llegado al lugar del paraíso preparado para ti: se nos ha ordenado servirte, por mandato de aquel que te envió, hasta el gran día». Después de esto, tanto el ladrón como yo, José, desaparecimos, y me hallé en mi propia casa, y no vi más a Jesús.

Y todo esto vi y he escrito, para que todos crean en Jesús y no sirvan ya a la ley de Moisés, sino que crean en los signos y prodigios de Cristo, y, creyendo, obtengan la vida eterna y sean hallados en el reino de los cielos.

Porque suya es la gloria, el poder, la alabanza y la majestad, por los siglos de los siglos. Amén.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB